

TEMAS

Publicación quincenal de espiritualidad y difusión de la doctrina pontificia

AÑO 1 - N.º 10

DICIEMBRE 17 DE 1972

LA PALABRA DEL PAPA

LA IGLESIA TIENE NECESIDAD DE SANTOS LA RENOVACION ECLESIAL

EVANGELIO

GLORIA Y PAZ, NAVIDAD, EL HECHO MAS TRASCENDENTE DE LA HUMANIDAD

LITURGIA

LITURGIA TERRENA Y CELESTE LA VIRGEN MARIA EN EL AÑO LITURGICO

DOCUMENTOS

DIRECTORIO CATEQUISTICO DE LA SANTA SEDE: EL MENSAJE CRISTIANO

Calendario litúrgico y lecciones de la Misa

DICIEMBRE

- 17 DOM. III DE ADVIENTO: Isaías (61, 1-2a. - 10-11); Tesalón (5, 16-26);
S. Juan (1, 6-8. - 19-28)
- 18 L. Jeremías 23, 5-8; Salmo 71, 12-19; Mateo 1, 18-24
- 19 M. Judith 13, 2-7. 24-25; Salmo 70, 3-6; Lucas 1, 5-25
- 20 Mi. Isaías 7, 10-14; Salmo 23, 1-6; Lucas 1, 26-38
- 21 J. Cantares 2, 8-14; Salmo 32, 2-3. 11-12; Lucas 1, 39-45
- 22 V. 1 Samuel 1, 24-28; Cántico 1 Sam. 2, 4-8; Lucas 1, 46-56
- 23 S. Malaquías 3, 1-4. 23-24; Salmo 24, 8-10; Lucas 1, 57-66
- 24 DOM. IV DE ADVIENTO: De mañana. (morado) Samuel (7, 1-5. 8b, 11-16);
S. Lucas (1, 26-38). De tarde: Vigilia de Navidad. Solemnidad.
Isaías 62, 1-5; Salmo 88, 4-5; Hechos 13, 16-17. 22-25;
Mateo 1, 1-25 (breve 13-25).
- 25 L. NAVIDAD DEL SEÑOR. Solemnidad
- 26 M. S. Esteban protomár. Hechos 6, 8-10; 7, 54-59; Salmo 30, 3-8;
Mateo 10, 17-22
- 27 Mi. S. Juan ap. ev. 1 Juan 1, 1-4; Salmo 96, 1-6; Juan 20, 2-8
- 28 J. S. S. Inocentes, mártires. 1 Juan 1, 5; 2, 2; Salmo 123, 2-8; Mateo 2, 13-18
- 29 V. 1 Juan 2, 3-11; Salmo 95, 1-3; Lucas 2, 22-35
- 30 S. 1 Juan 2, 12-17; Salmo 95, 7-10; Lucas 2, 36-40
- 31 DOM. DE LA SAGDA. FAMILIA. Ecles. (3, 2-6. 12-14); Salmo 127;
Colosenses (3, 12-21); (S. Lucas 2, 22-40)

TEMAS

Publicación bi-mensual de
espiritualidad y difusión de
la doctrina pontificia.

MONTEVIDEO, 17 DE DICIEMBRE DE 1972

AÑO 1 - Nº 10

Directores: Carlos A. Casares Sienna y Eduardo Navia Sienna

Publicación editada por IMPRESORA REX S. A. Calle Gaboto 1525,
Teléfonos: 4 88 62 - 49 00 48

Matrícula Nº 1957 (Ministerio de Industria y Comercio - Dirección de Industrias)
Depósito legal Nº 30439/72

"Precio de venta al público sujeto a modificación de acuerdo a la Ley Nº 13.720
de 16 de diciembre de 1968" (COPRIN), \$ 150.— el ejemplar.



NAVIDAD 1972

Que la luz de esta Navidad brille con una nueva esperanza de amor y paz, son los deseos de TEMAS para todos los que, de una manera u otra han contribuido a cumplir sus propósitos: la difusión de las enseñanzas de S. S. Paulo VI y la revitalización de la espiritualidad, hoy tan olvidada por la ola materialista.

A todos los que con su pensamiento, su trabajo personal en la confección y difusión, a los que alentaron esta realización, así como a todos sus lectores, un sincero agradecimiento y que el Niño de Belén los colme de bendiciones.



Si existe un momento en el año, en que debemos hacernos pequeños, callarnos y prestar oído atento al silencio a través del cual nos habla Dios, es verdaderamente durante esta noche de Navidad.

LA IGLESIA TIENE NECESIDAD DE SANTOS

La audiencia general que debió haberse realizado, como es costumbre cada miércoles, el día 1º de noviembre pasado, fue diferida por ser ese día la festividad de Todos los Santos. La audiencia general de esa semana, se realizó entonces el sábado 4 de noviembre. El Santo Padre continuó analizando los problemas de la Iglesia. En su alocución habla de la necesidad del testimonio cristiano; tiene necesidad de santos.

Quien haya comprendido lo que es la Iglesia, comprende la fuerza lógica de esta afirmación.

Nosotros que estamos embebidos —así lo pensamos— de la doctrina sobre la Iglesia que nos ha ofrecido la gran lección del reciente Concilio, debemos recordar cómo la santidad es al mismo tiempo una *propiedad* de la Iglesia, es decir, un modo misterioso suyo de ser, que se deriva de su vocación de pueblo de Dios, de la alianza que Dios ha instituido con aquella parte de la humanidad elegida por El, favorecida, santificada precisamente, y amada (cf. Ef 5, 26-27), que se llama Iglesia, Esposa y Cuerpo místico de Cristo, sacramento inagotable, es decir, signo e instrumento de salvación. Debemos recordar igualmente cómo la santidad es también por ello una *nota* de la Iglesia, o, lo que es igual, una cualidad exterior, una belleza reconocible, un argumento apologetico apto para impresionar histórica y socialmente a los hombres que lo observen con mirada honrada y capaz de reconocer, dónde están los valores espirituales (cf. *Lumen gentium*, 9, etc.).

LA SANTIDAD "PROPIEDAD" Y "NOTA" DE LA IGLESIA

La Iglesia en el designio de Dios, es santa, es decir, asociada a El, animada por su Espíritu, revestida de una belleza trascendente que procede de la armonía de sus líneas constitutivas que responden al desig-

nio divino, y, por tanto, sagrada y siempre orientada religiosamente al culto divino y a la observancia de la voluntad divina (cf. S Th. II-II, 81, 8). Es santa en su naturaleza. Es santa en sus verdades divinas que le han sido confiadas y que ella enseña. Es santa, especialmente, en sus sacramentos, mediante los cuales santifica a los hombres. Es santa en su liturgia y en su oración. Es santa en su ley, es decir, en la pedagogía con que guía a los hombres para caminar por los senderos del Evangelio y para vivir en la caridad. Pero, esta santidad, que podemos llamar activa, está encaminada a producir la santidad que puede llamarse "derivada" (si no del todo pasiva; cf. Denz. Schönmm. 2201, ss.) de los miembros que componen la Iglesia, esto es, de los hombres, los cuales, también en el orden de la gracia, permanecen libres, más aún, son invitados, ayudados, comprometidos a hacer uso, el más consciente y asiduo posible, de su libertad, es decir, a cumplir en sí mismos el precepto sumo y urgente del amor de Dios y el otro, que va estrechamente unido a él, del amor al prójimo, con todos los deberes que, según las circunstancias en que uno se encuentra, se derivan de dichos preceptos.

A la santidad constitutiva de la Iglesia debe corresponder la santidad practicada por sus miembros. Que es como decir: no sólo la Iglesia es santa por sí misma, sino que nosotros que pertenecemos a ella y formamos parte de la misma, debemos presentarla santa, en cuanto de nosotros depende, es decir, nosotros, individuos, organismos, comunidades, debemos ser santos. Esta necesidad relativa a las personas, en su realización proviene de una necesidad más honda ya existente, que se refiere a la autenticidad interior: la santidad, como decíamos, propia de la institución eclesial.

LOS CRISTIANOS HAN DE SER SANTOS

Nuestra fidelidad a la Iglesia comporta también este nivel de vida: hay que ser santos. El programa de la vida cristiana no tolera mediocridades; son tremendas, a este respecto, las palabras del Apocalipsis que dice: "conozco tus palabras y que no eres ni frío ni caliente; ... mas porque eres tibio, y no eres caliente ni frío, estoy para vomitarte de mi boca" (3, 15-16). Con el nombre de santos eran llamados los primeros cristianos, admitidos a la comunión eclesial de fe y de gracia, y sabían que como tales debían comportarse. Aun hoy en las nuevas comunidades misioneras se cultiva aquella mentalidad que obliga a conformar el modo de vivir con las exigencias asumidas en el nuevo estilo de vida, el estilo

cristiano. Surge espontánea la pregunta: ¿cómo puede imponerse un deber tan grave a personas de este mundo, cuya pereza conocemos, más aún, cuando conocemos su ineptitud para los grandes ideales, sobre todo para los morales, que no se cifran en especulaciones utópicas, sino que exigen aplicaciones prácticas y concretas en la vida real, y cuando conocemos igualmente la fragilidad en la coherencia operativa y en la ilusoria felicidad de secundar las propias pasiones y los estímulos del interés y del placer? ¿Es exacta una interpretación tan severa de la vida cristiana? ¿No es condescendiente la ley evangélica con la debilidad humana? ¿No es la ley evangélica liberadora del peso del juridicismo y del moralismo? ¿Qué respuesta tan larga exigiría una cuestión tan compleja y tan radical! Respondamos por ahora muy someramente.

La vida cristiana libera, ciertamente, del peso de normas superfluas para la perfección que sustancialmente consiste en la caridad (cf. Col 3, 14), y que denuncia la existencia de una hipocresía intolerable dentro del fariseísmo (cf. Mt 23); pero no es laxista, sino más bien moralmente seria y severa: basta leer el sermón de la montaña. Toda ella tiende a una perfección que comienza en el interior del hombre, y por tanto compromete la orientación de la libertad, incluso desde sus primeras raíces, desde el corazón (cf. Mt 15). Pero hemos de advertir, ante todo, que la acción humana del cristiano goza de una ayuda interior maravillosa e incalculable: la gracia; ¿no dice el Maestro, para animar a los discípulos asustados por las exigencias de la moral evangélica: “Para los hombres, imposible, mas para Dios todo es posible”? (Mt 19, 26). Es éste un punto capital para el seguidor de Cristo y para toda la doctrina y la práctica de la vida y de la perfección cristiana, es decir, para la conquista de la santidad.

EL TESTIMONIO CRISTIANO

La gracia hace ligero y suave el yugo de Cristo (cf. Mt 11, 30). La gracia operante en el espíritu humano multiplica sus fuerzas, llegando a hacer amable el sacrificio por sí mismo, la pobreza, la castidad, la obediencia, la cruz. Y luego podemos añadir que la santidad que se nos exige, no es “la de los milagros”, es decir, la de los fenómenos extraordinarios, sino la santidad de la voluntad buena y firme que, en todos los azares ordinarios de la vida normal, busca la rectitud lógica de cumplir la voluntad divina.

De esta rectitud es de la que querríamos hablar, pero nos contenteremos con afirmar que ésta es “el testimonio cristiano” del cual tanto se escribe y se discute hoy. Es esa la santidad que necesita hoy la Iglesia: la apologética de los hechos, de los ejemplos, de la virtud transparente que también los que nos rodean reconocen y relacionan con Dios (cf. Mt 5, 16). Y es esta santidad, esta integridad de carácter la que hace, incluso en nuestro tiempo —profano y a menudo hostil y corrompido— creíble, como se dice, el mensaje de la Iglesia.

Esta es la santidad, hijos queridísimos, que os recomendamos cordial e insistentemente, con nuestra bendición apostólica.

NAVIDAD

El culto cristiano y católico no es simplemente un pensar en Dios y en sus obras, un agradecer piadosamente las acciones redentoras que ocurrieron en un momento de la historia, un hundirse devotamente en el amor y sabiduría de Dios, un apropiarse de las gracias que Dios ha vinculado al memorial de sus maravillas. Es más: es Presencia de Dios y de su Enviado, Presencia activa, Epifanía en el sentido más pleno y profundo de esta palabra, pues, gracias al culto, el Señor permanece en medio de nosotros y se manifiesta para asegurarnos la salvación.

.....

Del Misterio de Dios no nos separan los siglos; somos actores directos y vivos. La fe es la puerta que da acceso a las realidades maravillosas, que están cerradas para la tierra, pero son manifiestas al creyente. Y lo que contemplamos con la fe, lo poseemos y gustamos en los Misterios, que sólo son asequibles a los creyentes. Ante los ojos de nuestra alma iluminada por la fe y sobrenaturalmente elevada por la gracia, se presenta en el culto sagrado, de un modo elevado y espiritual, pero no por eso menos real, el acontecimiento divino de la Encarnación: el Logos eterno toma nuestra carne y planta su tienda entre nosotros, y nosotros contemplamos su gloria, y por El y por el Espíritu de Dios somos engendrados como hijos de Dios.

La fiesta de Navidad, para todo creyente de verdad, será una revelación y una participación en la gracia de la Encarnación. Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciera Dios.

Ser una misma cosa con el Padre por medio de Cristo, es lo mismo que poseer la vida eterna. Así es que la fiesta del nacimiento del Señor viene a ser para nosotros una fuente de vida divina y, por consiguiente de alegría sin fin.

La Renovación Eclesial

Las renovaciones en la Iglesia, el camino de ésta hacia una nueva primavera... Tal el tema abordado por el Papa Pablo VI en la audiencia general del miércoles 8 de noviembre pasado, cuyo texto reproducimos seguidamente.

Estas fueron las palabras del Pontífice:

Se habla de renovación de la Iglesia: el Concilio ha despertado en nosotros esta idea, nos ha dado la esperanza que de ella nace, nos la ha dejado como consigna. Esta palabra "renovación" habla todavía hoy a los espíritus —a aquellos espíritus que aman a la Iglesia— para designar con un sólo término las muchas necesidades de esta institución secular que, siempre viva y coherente con su raíz, acoge como impulso la savia divina del Espíritu Santo que la invade continuamente llevándola hacia la explosión de una nueva primavera: sí, la Iglesia necesita renovación (cf. *Optatam totius*, 1; etc.).

VERDADERAS Y FALSAS REFORMAS DE LA IGLESIA

No siempre ha sido rectamente entendida por todos esta palabra: para algunos ha sonado como condena del pasado y una licencia para apartarse de él sin respeto a su función comprometedor y vital de vehículo de los principios esenciales de los que vive la Iglesia, sobre todo su fe, su constitución; así ha parecido que la palabra renovación autorizase determinadas restauraciones constitutivas; hubo quien la concibió como separación de las estructuras institucionales, históricas, visibles, exteriores, para conservar más puro y eficiente su jugo espiritual y carismático, olvidando que el alma de la Iglesia, sin el cuerpo en que vive, no se podría ya encontrar ni sería activa, como ya en su tiempo repetía san Agustín; y ha habido también incluso quien ha pensado renovar la Iglesia secularizándola, es decir, modelándola en sus formas y en su mentalidad, a veces sin discernimiento, según la marca de la sociedad profana que, hija de la historia y del tiempo, podía conferir a la Iglesia el ambicionado título de moderna.

Y no se prestó, ni se presta todavía, suficiente atención a dos cosas: Primero, que la renovación, proceso vital y continuo en un organismo viviente como la Iglesia, no puede consistir en una metamorfosis, una transformación radical, una infidelidad a los elementos esenciales y perpetuos cuya reforma no puede consistir más que en un nuevo vigor, no en un cambio; y en segundo lugar, que la renovación deseada es la interior más que la exterior, como, con voz siempre actual, nos amonesta san Pablo: “renovaos en el espíritu de vuestra mente” (Ef. 4, 23).

RENOVACION INTERIOR Y AUTORREFORMA PERMANENTE

Palabras densas éstas, mucho más fáciles de pronunciar que de poner en práctica. ¿Cómo podríamos traducirlas? Debéis renovar vuestra mentalidad en virtud de la inspiración cristiana que os es conferida por la gracia, por la acción interior del Espíritu Santo; debéis habituaros a pensar según la fe; debéis modelar vuestro juicio especulativo y práctico según Jesucristo, según el Evangelio, o, como suele decirse, según el análisis cristiano.

Tener una mentalidad cristiana, pensar según la concepción

que del mundo, de la vida, de la sociedad, de los valores presentes y futuros nos viene de la palabra de Dios. No es fácil, pero hay que hacerlo. Esta reestructuración de nuestro modo global de sentir, de conocer, de juzgar y, por tanto, de actuar, es el programa permanente de cada fiel cristiano y de la Iglesia en general.

Se trata de una auto-reforma continua. *Ecclesia semper reformanda*. Vivir en el mundo, hoy tan expresivo y difusivo, tan agresivo y tentador, tan hecho para el conformismo incluso cuando practica la contestación, influye fuertemente sobre nuestra personalidad; la norma corriente, especialmente en las nuevas generaciones, de que es necesario ser “hombres de nuestro tiempo”, nos obliga a todos a someternos a las filosofías, queremos decir, las opiniones comunes, y a regular nuestra espiritualidad interior y nuestra conducta externa según las coordenadas del siglo, es decir, del mundo que prescinde de Dios y de Cristo; coordenadas que favorecen una gran carrera, esto es, una gran intensidad de vida, pero que, si reflexionamos bien, nos privan de nuestra originalidad, de nuestra auténtica y autónoma libertad. Somos conformistas. También la Iglesia sufre tentaciones de conformismo. San Pablo nos amonesta “No os

conforméis a este siglo (entendido precisamente como ambiente de atmósfera corrompida por ideas erradas o carentes de luz cristiana), sino que os transforméis por la renovación de la mente" (Rom. 12, 2). Reivindicad vuestra libertad de vivir "según la voluntad de Dios" (ib), según la caridad que el Espíritu ha infundido en vuestra alma cristiana (cf. Rom. 5, 5). Y aquí tenemos que recordar que: "donde está el Espíritu del Señor está la libertad" (II Cor 3, 17; cf. Jn 8, 36; Rom. 8, 2).

Renovarse interiormente, ¡qué trabajo, qué esfuerzo! ¿Quién está dispuesto a modificar su manera de pensar? ¿A purificar la celda interior de las propias fantasías, de las propias ambiciones, de las propias pasiones? Y sin embargo, ¡cuántas veces nos exhorta el Señor a esta renovación interior! (cf. Mt 15, 18-20). Es el Concilio el que invita a tan gran tarea a cada uno y a la Iglesia entera; y esto es lo que ella, con la ayuda de Dios, está haciendo: renovación, pues, equivale a purificación.

Pero teniendo que terminar aquí nuestro breve discurso, no quisiéramos que quedase en vosotros una impresión puramente negativa de la renovación que necesita la Iglesia.

LA RENOVACION CONCILIAR PUESTA EN MARCHA POR JUAN XXIII

Existe toda una visión positiva que merecería nuestra atención; por ejemplo, la que proviene de la educación del cristiano moderno (aquí nos parece adecuada esta calificación) y que lleva a descubrir el bien, donde esté, con tal de que sea un bien auténtico según el juicio cristiano. Esta actitud nueva y abierta hacia los valores naturales, terrenos, históricos, científicos... es uno de los aspectos característicos del Concilio. Lo debemos en buena parte al corazón humano, sereno, bueno, del Papa Juan. Así se ha despertado el ecumenismo, lo mismo que el respeto hacia las religiones no cristianas, hacia nuestros mismos adversarios, hacia los valores de la actividad humana, etc. (cf. *Gaudium et spes* 34). Saber descubrir en cada hombre una imagen de Cristo, un hermano que se debe respetar, servir y amar: ¿no es quizás un fundamental criterio para la renovación que necesitan la Iglesia y el mundo? Y ver un secreto de bondad divina en todo dolor, un coeficiente de progreso personal o colectivo en todo acontecimiento (cf. Rom 8, 20); ¿no equivale a abrir una fuente prodigiosa de optimismo y, por ello, de renovación, para el viejo, cansado y

desilusionado, corazón del hombre? Además, haber encendido la esperanza escatológica en el pensamiento actual de nosotros los mortales: ¿no es quizás infundir un sentido, un impulso de novedad, en el tiempo presente y futuro?

Ecce nova facio omnia ¡He aquí que hago nuevas todas las cosas! (Ap 21, 5; cf. II Cor 5, 17). Palabra del Señor. Necesidad de la Iglesia. ¡Compromiso de todos nosotros!

Con nuestra bendición apostólica.

El amor te acerca a Dios porque te despegas de tí mismo, puesto que sólo hay dos polos de atracción y de entrega en la vida de todo hombre: él mismo o los demás y Dios.

En todo pecado hay una derrota del espíritu en provecho del yo inferior; se ha quebrado el orden; el hombre es un poco menos hombre.

La obediencia auténtica supone la verdadera libertad; pero la verdadera libertad se nutre de obediencia.

Más bien hoy y no mañana. Más bien mañana y no después.

Reflexionar sobre la propia vida es tomar posesión de la misma. Toda tu vida debe llegar a ser auténticamente "tu" vida.

El hombre se salva únicamente cuando se convierte en salvador.

Alimenta un solo deseo: ser plenamente, sin enmiendas, aquel que Dios desea que seas... y serás perfecto.

EVANGELIO (Domingo 17 de diciembre)

En aquel tiempo, apareció un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan. Vino como testigo para dar testimonio de la luz para que todos creyeran por medio de él.

El no era la luz, sino testigo de la luz.

Este es el testimonio que dió Juan, cuando los judíos enviaron sacerdotes y levitas desde Jerusalén, para preguntarle: "¿quién eres tú?" El confesó y no lo ocultó, sino que dijo abiertamente: "Yo no soy el Mesías". "¿Quién eres, entonces?", le preguntaron. "¿Eres Elías?". Juan dijo: "No". "¿Eres el Profeta?". "Tampoco", respondió.

Ellos insistieron: "Entonces, quién eres, para que podamos dar una respuesta a los que nos enviaron? ¿Qué dices de tí mismo?" Y él les dijo: "Yo soy una voz que grita en el desierto: Preparen los caminos del Señor, como dijo el Profeta Isaías".

Algunos de los enviados eran fariseos, y volvieron a preguntarle: "¿Por qué bautizas, entonces, si tú no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?" Juan respondió: "Yo bautizo con agua, pero en medio de ustedes hay alguien al que no conocen: él viene después de mí, y yo no soy digno de desatar la correa de su sandalia". Todo esto sucedió en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan bautizaba. Palabra de Dios. (S. Juan - 1, 6-8. - 19-28).

RIESGOS DE UNA MISION

Toda misión los tiene, y más que ninguna la del Profeta. Este personaje a quien no lo podemos confundir con los impostores y charlatanes profesionales, ha escrito grandiosos capítulos en la historia de Israel, obrando a impulsos del Espíritu para combatir el error, para defender la verdad, para atacar los vicios. En lenguaje, las más de las veces misterioso, profería palabras que sucesivamente eran de advertencia, de presagio o de amenaza, según las circunstancias. En los días de David aparece Nathan para anunciar al Rey el castigo por su adulterio; contemporáneo de Salomón, Abías, desgarrando su manto, predecirá a Jeroboam el hundimiento del reino; Elías y Eliseo serán expresión impresionante del espíritu profético, a mas de personalidades formidables, en lucha obstinada contra la idolatría. Durante siglos este espíritu animará a un conjunto de hombres extraordinarios, entre los que descuella uno de los mayores genios de la humanidad: Isaías, inseparable por grandeza e importancia de Jeremías, Ezequiel y Daniel y formando con ellos excepcional constelación en el firmamento de la literatura bíblica. Todos ellos serán feroces solitarios, inconformes, animados tan solo por la indomable pasión del absoluto, y arrastrados por la fuerza incomprendible del soplo divino que se apodera de ellos. El resultado de sus intervenciones está a la vista; ellas determinan la vida y la actividad del Pueblo Elegido;

pero el mecanismo que las produce nos resulta impenetrable. Los profetas se introducen y frecuentan un mundo de misterio, inaccesible para el hombre corriente por más que perciba claramente su terrible grandeza, y descienden de las regiones místicas inspirados e impelidos a decir la verdad, toda la verdad en rigurosa síntesis de la moral y de la religión, que deben andar indisolublemente unidas si han de ser del agrado del Señor y eficaces para la sana conducción de nuestras vidas.

Pues, a esta generación de “videntes” y “parlantes” de Dios pertenecía Juan el Bautista, valeroso e indomable profeta, el austero penitente, hambriento y sediento de justicia, viviente acusación de los vicios de sus contemporáneos, que sin piedad desenmascaraba falsedades e hipocresías. Era el último y el más brillante miembro de la sangrienta dinastía de los Profetas. El Evangelio nos lo describe arrumbado en una mazmorra de la fortaleza del Maqueronte, expiando sus “atrevidas” acusaciones contra el Príncipe. Terminada la misión de Precursor, el heraldo de Cristo podía desaparecer y enmudecer. Abiertos estaban y expeditos los caminos, mientras en las almas había expectación por la llegada de Aquel que había de venir. Secuestrado y todo, el prisionero de Herodes, antes de sellar con la sangre su testimonio mesiánico, quiere colaborar con El que venía después de él, pero, que era mayor que él, provocando una aclaración en beneficio de quienes le eran adictos y que por serle fieles no se decidían a ponerse en seguimiento del Mesías. Nadie como el Bautista seguía con palpitante interés el ministerio pastoral de Cristo; nadie esperaba con mayor impaciencia la venida del Reino, cuya proximidad había proclamado. Desde la oscuridad del calabozo, vivía en íntima unión espiritual con Aquel Elegido que ya estaba presente y cuya presencia pasaba desapercibida; y esta circunstancia lo abrumaba y lo llenaba de íntima angustia más que la forzada inacción o el presentimiento de su fin inminente. No era Juan de la raza de los indecisos y solubles, a quienes les muerde la duda y les trastorna la contradicción; en los ámbitos de su alma resonaba con místicos ecos el nombre del Hijo muy amado, el nombre del Cordero que quita el pecado del mundo. La opaca lobreguez de la prisión no había castigado las convicciones del Profeta.

El mensaje que envía a Cristo no tendrá, pues, otro propósito que dar una vez más un supremo testimonio de fe y confianza a favor del Mesías y ponerle a Este en situación de una inequívoca declaratoria sobre la naturaleza de su misión. La pregunta elaborada por Juan y transmitida al destinatario por su emisario es una magistral síntesis de todo el programa profético: “Eres el que ha de venir, o esperamos a otro?”. A esta pregunta, expresión apasionada de tanta esperanza, el Maestro da la segura y decisiva respuesta, reclamada por la humanidad; en escasas, pero, inequívocas palabras nos entrega con rasgos irrecusables la naturaleza del verdadero mesianismo, al tiempo que nos dirige mansa y suavemente una suprema advertencia. De la obra emprendida por Cristo que debe ajustarse a determinadas características, señaladas por Isaías, queda excluido cualquier elemento nacional y político, cualquier referencia a la liberación o deslumbre de un pueblo: la empresa mesiánica es de salud y de redención del hombre, siendo Dios, y sólo Dios la fuerza oculta que la lleva a cabo, sin exclusiones, pero eso sí, con preferencias para los que tienen alma de pobre, es decir, para los que nada tienen y creen que nada valen; tan

solo ofrecen un corazón bueno. Sobre este denominador común se asienta la estupenda igualdad del Reino de Dios que se alimenta con nuestra indigencia y del cual reino son grandes y nobles Señores los más pequeños y los más humildes. Para terminar y como versión moderna del pasaje evangélico que comentamos, nada mejor que reproducir aquí los conceptos vertidos por Mons. Franz Hengsbach, Presidente de "ADVENIAT", el 7 de Noviembre pasado: "No basta el cambio externo de la situación. Si la ayuda al desarrollo no implica a todo el hombre, no sirve para nada... Toda renovación de estructuras que intente el hombre redimido por Cristo, debe orientarse —si no quiere fracasar de antemano— a este cambio fundamental que se ha producido en todo el mundo, con la Encarnación y con la muerte de Cristo en la Cruz. Todo compromiso para la liberación del hombre, está bajo la ley de la Encarnación y "debe alejar en primer lugar del pecado. Por eso, la libertad verdadera es aquella que Cristo nos ha ganado con su obra redentora: la libertad del pecado, la libertad para Dios. Llevar a los hombres a ésta libertad, es la primera misión de la Iglesia".

"L'Osservatore Romano"

12 de Nov. 1972, pag. 12.

Dios Todopoderoso que nos deslumbra con el nuevo esplendor de tu Verbo encarnado: concédenos que resplandezca en nuestra conducta la fe que ilumina nuestro espíritu. (Oración de la asamblea. Misa de la aurora.).

En la alegría de esta celebración del nacimiento de tu Hijo, concédenos, Padre, conocer con fe plena la profundidad de este misterio y amarlo con ardiente caridad. (Oración después de la comunión. Misa de la aurora.).

EVANGELIO (Navidad)

En aquellos días salió un decreto del emperador Augusto, ordenando que se realizara un censo en todo el mundo. Este fue el primer censo que se hizo cuando Quirino gobernaba la Siria. Y cada uno iba a inscribirse a su ciudad de origen. También José, que era de la casa y familia de David, salió de la ciudad de Nazaret en Galilea y se dirigió a Belén de Judea, la ciudad de David, para inscribirse con su esposa María, la cual estaba embarazada. Y mientras se encontraban en Belén le llegó el tiempo del parto; y María dió a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el albergue.

En aquella región acampaban unos pastores que cuidaban por turno sus rebaños, durante la noche. De pronto se les apareció un Angel del Señor, y la gloria de Dios los envolvió con su luz, lo cual los llenó de temor. Pero el Angel les dijo: "No teman, porque les anuncio la buena noticia, la gran alegría para ustedes y para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, les ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor. Y esto les servirá de señal: encontrarán a un niño recién nacido envuelto en pañales y acostado en un pesebre". De pronto, en torno al Angel, apareció una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: "Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra, paz a los hombres que ama el Señor". **Palabra de Dios.** (S. Lucas - 2 - 1-14).

G L O R I A Y P A Z

Igual que en el terso cielo de nuestro hemisferio sud ocurre a veces, para solaz de quienes acostumbran observar el curso de los astros, una conjunción inusitada de estrellas luminosas, así, en nuestro calendario litúrgico, se produce en brillante trilogía el encuentro del último domingo de adviento, de la vigilia de Navidad con su Noche Buena y el 25 de diciembre con su misterio de Belén. Estas fechas, tan estrechamente acumuladas, con el poderoso embrujo que irradian, están destinadas a iluminar las sendas de la humanidad con la serena luz de la estrella que presidió el nacimiento del Niño predestinado, convirtiendo en día luminoso la noche de la larga espera. En apretada síntesis, en vertiginosa sucesión, los textos de lectura para los divinos oficios desarrollan toda la temática navideña y ofrecen a las almas, atentas para percibir las realidades espirituales, ávidas de emociones sanas, la más rica colección de episodios, cargados todos ellos de tanto elemento divino que jamás podrán agotarlo las generaciones presentes, y tampoco las futuras, pudiendo extraer cada una de ellas aquel fragmento de su contenido que más y mejor se adecúa a las nece-

sidades del momento. Hemos de empezar por señalar aquella misteriosa "plenitud de los tiempos", ignorada, por supuesto, para los cronistas profanos, para los responsables políticos de aquella hora, pero conocida y marcada por el Espíritu de Dios, quien con su fuerza soberana traza y preside la evolución general, produciendo el movimiento ordenado y progresivo del universo y de cuanto él encierra. Cuando estas etapas en el tiempo llevan el sello inconfundible de la intervención divina, adquieren sobrecogedora majestad, como aquellas solemnes "jornadas" del Génesis.

Mientras los observadores de aquel momento de plenitud y de liquidación del mundo envejecido coinciden en afirmar que si algún acontecimiento fuera de serie había de ocurrir, sería en Roma, definitivamente constituida en eje del mundo. Se equivocaban como en otras ocasiones más. El índice de Dios señala a su Mensajero Gabriel un itinerario que desembocaba en la tímida casita de Nazareth, habitada por una doncella, de la que nada sabemos hasta ahora, y de la que sabremos todo gracias a la más alta revelación de Dios. María es su nombre y toda ella apunta al Mesías ya que el Mesías es su razón de ser desde el primer instante de su existencia y llena está del Mesías según el testimonio del Angel. Requerida por Dios y también por los hombres en esa hora de la nueva creación, convencida de que el cielo y tierra depositan en sus manos los grandes intereses del porvenir, tras una tímida y deliciosa resistencia que presto se diluye, da su total consentimiento con una palabra que a un mismo tiempo es de acatamiento y puede ser de soberanía: "Hágase" y que está señalando el comienzo de la génesis de Cristo bajo la acción del Espíritu. María será el único lazo de Cristo con la humanidad. El que trae a nuestra tierra la misión de inaugurar el nuevo pueblo de los hijos de Dios, escapa a la ley de las generaciones humanas: no lo engendra el hombre. Le teje el Espíritu en las castas entrañas de la Virgen. Quedan así cumplidas las aspiraciones del hombre: su naturaleza se convierte por la Encarnación en la naturaleza del Verbo de Dios, no por "fusión de sangres, o por instinto carnal, ni por voluntad del hombre y sí por voluntad de mujer en obra con el Espíritu de Dios, revelándonos a todos el secreto y el poder de renacer "en agua y Espíritu". De hoy en adelante el meridiano de la Historia pasará por Nazareth; y mientras los anales de la época siguen hablando de Herodes y de Augusto, en los anales divinos quedan inscriptos para siempre y en letras de oro los nombres de Jesús y María. Mientras aquellos son barridos por los vendavales de la historia, éstos quedan definitivamente establecidos como centro de la vida humana y de todo el movimiento religioso. De manera que quienes sinceramente busquen a Dios vendrán a unirse a Cristo, que será la piedra levantada en medio de los tiempos. Quienes en ella se apoyen adquirirán firmeza y estabilidad y formarán el Reino de Dios. Superada la etapa de preparación, ese Reino está ya en marcha: los ejércitos del Imperio están quietos y en estado de presentimiento, anunciador de los grandes acontecimientos de la historia. Los modestos moradores de Nazareth, María y José están atentos para descubrir en el cuadrante de las voluntades divinas la señal de partida a Belén; allí tiene que nacer el Dios hecho hombre. En el empadronamiento del reino de Herodes, ordenado por Augusto, ambos descubrieron el dedo de Dios, quien tiene ya todo dispuesto para lo que será en el correr de los tiempos venideros la gran fiesta de la Humanidad. Los viajeros se han refugiado en una gruta; ningún lugar más conveniente para recibir la visita del "Dios

con nosotros", que ha querido aparecer en el silencio de la media noche, atravesado por ráfagas de cielo y amenizado por ángeles de paz, que comparten su alegría con los sencillos pastores y con ellos tributan al recién nacido sus homenajes de amor. Y es que un niño nos ha nacido en virginidad, así como fuera concebido, cargado de enseñanzas y de esperanzas, designado por Dios para comunicarnos la verdadera sabiduría del evangelio, aquella que extraemos del catecismo de nuestra niñez, capaz de iluminar nuestro destino, y de dar un sentido a nuestras lágrimas, al tiempo que destruye la horrible soledad de los corazones. Una vez más los hombres de esta nuestra extraña civilización contemplarán el misterio que se desprende de la cuna de Belén, condensado en dos palabras: Gloria y Paz. Gloria al Dios de las misericordias y paz al hombre que se rige por la ley del amor. Es la canción de cuna que sigue meciendo a la humanidad desde que el Niño se recostó en ella antes de recostarse en la Cruz. Bienvenida sea pues la Noche que con emoción la llamamos Buena! Es aquella misma que cambió el curso de la Historia, que marcó con impronta indeleble el universo, que transformó las civilizaciones; la misma que nos inunda con las esperanzas del amor y de una vida mejor en la Gloria y en la Paz.

Señor que maravillosamente creaste la naturaleza humana y más maravillosamente la reformaste: concédenos la gracia de participar de la divinidad de Aquel que se dignó participar de nuestra humanidad. (Oración de la asamblea. Misa del día de Navidad).

Te pedimos, Dios Todopoderoso, que el Salvador del mundo, nacido hoy a la vida humana para engendrarnos a la vida divina, nos haga partícipes de la inmortalidad. (Oración después de la comunión. Misa del día de Navidad).

De la Constitución de
Sagrada Liturgia del
Concilio Vaticano II

Liturgia terrena y liturgia celeste

Art. 8. "En la liturgia terrena pregustamos y tomamos parte en aquella liturgia celestial que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos y donde Cristo está sentado a la diestra de Dios como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero (cf Apocalipsis 21, 2; Colosenses 3,1; Hebreos 8,2); cantamos al Señor el himno de gloria con todo el ejército celestial; venerando la memoria de los santos, esperamos tener parte con ellos y gozar de su compañía; hasta que se manifieste El, nuestra vida, y nosotros nos manifestemos también gloriosos con El (cf Phil 3,20; Colosenses 3,4).

La santa ciudad de Jerusalén es el último término de la historia sagrada, de la esperanza cristiana y meta querida por Dios en la elección, separación y formación del pueblo sagrado. Todo esto tiene realidad con referencia a Cristo. El tiempo antes de Cristo tiene el significado esencial de ser una preparación a Cristo Redentor. El tiempo que sigue a Cristo

no tiene otro significado que realizar, en las criaturas que se presentan en el teatro del mundo hasta el fin de los tiempos, la participación y asimilación de aquella realidad de vida divina que existe en Cristo y que Cristo les comunica. Después de la venida de Cristo no es posible esperar nada sustancialmente nuevo que no esté todo presente en su persona; sólo es posible esperar la extensión participada de esa realidad de Cristo a las demás criaturas y su manifestación gloriosa, que tendrá lugar en la parusía final. De este modo, el sentido del tiempo que va desde la ascensión hasta la parusía final es el reproducir en cada uno la historia de Cristo, el misterio de Cristo; hacerle entrar en ese misterio y dejarse absorber por él.

Entender que toda la historia sagrada es misterio de Cristo, que en ella antes de él todo tiende hacia El, y después de El todo se deriva de El; entender que después de su venida no hay nada radicalmente nuevo que esperar, sino sólo la reproducción de su misterio en las criaturas hasta el fin de los tiempos y hacer que cada vez participen más de él y apaguen su sed en su plenitud, es cosa fundamental para comprender el mundo de la liturgia. Esta, en efecto, no es más que un modo por el que Cristo, en el tiempo presente que media entre Pentecostés y la Parusía, en este tiempo escatológico ya en acto, comunica la plenitud de su vida divina a cada una de las almas, reproduce en ellas su misterio y las atrae hacia el mismo.

Por eso, todo culto litúrgico no puede ser sino el culto de Cristo. De igual modo, todo culto rendido por la Iglesia a Dios lo es siempre en Cristo, en unión con Cristo y a través de Cristo, cabeza de la Iglesia; o mejor, el culto de la Iglesia no

es otra cosa que la participación de la Iglesia en el culto que Cristo, cabeza del Cuerpo místico, rinde a Dios; es, por lo mismo, el culto de Cristo tributado como cabeza del Cuerpo místico a Dios; el ejercicio de su sacerdocio continuado en la Iglesia y con la Iglesia, que es su Cuerpo. Existe pues, una unión entre la liturgia terrestre y la liturgia celeste.

Dice San Agustín: "Todos juntos somos miembros de Cristo y de su cuerpo. No sólo nosotros, que estamos presentes en este lugar, sino por toda la tierra. Y no sólo nosotros, que vivimos en este momento. ¿Qué decir? Desde el justo Abel hasta el fin del mundo, mientras los hombres engendren y sean engendrados, todo justo que pasa por esta tierra, todo justo que está actualmente no sólo en este lugar, sino en esta vida; todo justo que ha de nacer, todos los justos que forman el cuerpo de Cristo: cada uno es miembro de Cristo. Si todos son cuerpo y cada uno es miembro, está también allí la Cabeza de este cuerpo. El es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, dice la Escritura, el primogénito, que tiene en todo el puesto primero. Y ya que de El se ha dicho también que es siempre la cabeza de todo principado y potestad, esta Iglesia que ahora peregrina se une a aquella Iglesia celeste donde los ángeles son nuestros conciudadanos... De este modo, una sola es la Iglesia, la ciudad del gran Rey".

También dice el mismo santo: "La Iglesia que peregrina se une a la Iglesia celeste, donde los ángeles son

nuestros conciudadanos y los justos nos han precedido, y de este modo una sola es la Iglesia, la ciudad del gran Rey... No sólo se realizará esto plenamente en la Jerusalén celeste, sino que ya se realiza ahora realmente en la tierra. El momento y el lugar donde este se verifica principalmente es la celebración litúrgica, donde, en sumo grado, aquí abajo se verifica aquella única ciudad bajo un solo Rey y como una sola provincia bajo un solo Emperador. Porque en toda la celebración litúrgica, especialmente en la santa misa, como decía San Gregorio Magno, "las cosas ínfimas se unen a las grandes, las terrenas a las celestes, y se hace una sola cosa de lo visible y de lo invisible".

Si la liturgia de la tierra es verdadera santificación y verdadero culto, lo es, en realidad, en cuanto que en ella actúa de un modo diverso, pero real, la misma santificación y el mismo culto que Cristo, como Pontífice supremo de nuestra fe, realiza en el cielo. Por eso, la liturgia de la Iglesia terrestre no es otra cosa que una manifestación, una epifanía, bajo el velo de los ritos y de los símbolos o signos, de la liturgia celeste de Cristo. Ambas liturgias no difieren más que en el modo de manifestarse y en su plenitud.

Los mismos formularios litúrgicos de todos los tiempos manifiestan esta verdad, que ha sido recogida hasta en las artes plásticas.

Manuel Garrido O. S. B.
Extractado de Comentarios a la
Constitución sobre Sagrada Liturgia.

Dios no sólo creó la Iglesia, sino que la redimió también.

El es el Salvador de la Iglesia. Durante todo el día, durante todo el año, la Iglesia está en expectación, esperando al Señor.

EL AÑO LITURGICO

Extractado del Motu Proprio "Mysterii Paachalis" de S.S. Pablo VI para la aprobación de las normas generales del año litúrgico y del nuevo calendario romano.

El Concilio Vaticano II enseña claramente que la celebración del Misterio Pascual constituye la esencia del culto cristiano en su desarrollo cotidiano, semanal y anual. Por eso la reforma del año litúrgico cuyas normas formuló ⁽¹⁾ debía colocar ese Misterio Pascual en un lugar más importante, tanto en lo concerniente a la organización del temporal y del santoral, como en la revisión del calendario romano.

I Revisión del año litúrgico

A lo largo de los siglos, la multiplicación de fiestas, vigiliass y octavas, igual que la progresiva complicación de las diversas partes del año litúrgico, condujeron a los fieles hacia las devociones populares, de manera que se apartaron un poco de los misterios fundamentales de nuestra redención. Nadie ignora, con todo, las numerosas disposiciones tomadas en este tema por nuestros predecesores San Pío X y Juan XXIII, de venerada memoria, para devolver su primitiva dignidad al domingo, considerado por todos como "el día de la fiesta primordial" e incluso para restaurar la celebración litúrgica de la Cuaresma. Y especialmente nuestro predecesor de venerable recuerdo, Pío XII, decidió hacer revivir en la Iglesia occidental, durante la noche pascual, la solemne vigilia en la cual, al celebrar los misterios de la iniciación cristiana, el cuerpo de Dios renueva su alianza con Cristo resucitado".

.....

La revisión del año litúrgico y las normas que presentan su reestructuración sólo tienen la finalidad de permitir a los fieles unirse de manera mucho más intensa, en la fe, la esperanza y la caridad, "a todo el misterio de Cristo desarrollado en el ciclo anual".

(1) Const. de Sagrada Liturgia Cap. 5

NORMAS GENERALES SOBRE EL AÑO LITURGICO Y EL CALENDARIO

Capítulo I

El Año Litúrgico

1. La Iglesia conmemora la obra salvífica de Cristo en días determinados del curso del año. Celebra la memoria de la Resurrección del Señor el domingo de cada semana; y una vez por año, en Pascua, esa memoria se une a la de su Pasión. Durante el transcurso del año desarrolla todo el Misterio de Cristo y conmemora la fiesta de los santos.

Y en los diferentes tiempos del año litúrgico la Iglesia perfecciona la formación de los fieles mediante piadosos ejercicios corporales y espirituales, enseñanzas, oraciones, penitencias y obras de misericordia, de acuerdo a la disciplina tradicional.

2. Los principios que siguen pueden y deben aplicarse tanto al rito romano como a todos los otros ritos. Con todo, las normas prácticas deben considerarse concernientes solamente al rito romano, a no ser que se trate de cosas, que por su misma índole, se refieran igualmente a los demás ritos.

Días litúrgicos

1. El día litúrgico en general

3. Cada día se santifica por las celebraciones litúrgicas del Pueblo de Dios, especialmente mediante el sacrificio eucarístico y el oficio divino. El día litúrgico va de medianoche a medianoche. Pero la celebración del domingo y de las fiestas solemnes comienza en la tarde de la víspera.

II. El domingo

4. Por una tradición apostólica que se remonta al mismo día de la Resurrección de Cristo, el primer día de la semana, llamado día del Señor o domingo, la Iglesia celebra el Misterio Pascual. Por eso el domingo debe considerarse como un día de fiesta primordial.

5. Sólo la celebración de las solemnidades y las fiestas del Señor tienen prioridad sobre el domingo, dada la importancia de éste. Pero los domingos del Adviento, de la Cuaresma y de Pascua tienen prioridad sobre todas las fiestas del Señor, sobre todas las solemnidades. De suerte que las solemnidades que coincidan con esos domingos son anticipadas al sábado.

6. El domingo excluye siempre la asignación perpetua de otra celebración. Sin embargo:

- a. el domingo en la octava de Navidad, se celebra la Sagrada Familia;
- b. el domingo después del 6 de enero, se celebra la fiesta del bautismo de nuestro Señor;
- c. el domingo después de Pentecostés, se celebra la solemnidad de la Santísima Trinidad;

d. el último domingo ordinario (per annum), se celebra la solemnidad de Cristo Rey.

7. En los lugares donde la Epifanía, Ascensión y Corpus Christi no son de precepto, se les asigna un domingo como día propio, a saber:

a. Epifanía: el domingo que cae entre el 2 y el 8 de enero;

b. Ascensión: el séptimo domingo de Pascua;

c. Corpus Christi: el domingo después de la Santísima Trinidad.

III. Solemnidades, fiestas y memorias

8. En la celebración del ciclo anual de los Misterios de Cristo, la Iglesia venera también con amor especial a la bienaventurada Madre de Dios, la Virgen María, y propone a la piedad de los fieles las memorias de los mártires y demás santos.

9. Los santos que tengan importancia universal son celebrados obligatoriamente en la Iglesia universal. En cuanto a los demás, o bien quedan inscritos en el calendario pero su celebración es facultativa; o bien se dejan a la devoción particular de una Iglesia, nación o familia religiosa.

10. Las celebraciones se dividen, según su importancia, en solemnidades, fiestas y memorias.

11. Las solemnidades corresponden a los días principales cuya celebración comienza el día anterior con las primeras vísperas. Algunas solemnidades tienen incluso una misa propia de vigilia para la tarde de la víspera, si se celebra la misa vespertina.

12. La celebración de las grandes solemnidades de Pascua y Navidad se continúa durante ocho días seguidos. Cada una de estas octavas se rige por sus leyes propias.

13. Las fiestas se celebran dentro de los límites del día natural. Por consiguiente no tienen primeras vísperas, a no ser que se trate de fiestas del Señor que coincidan con los domingos ordinarios (per annum) y del tiempo de Navidad y los substituyan.

14. Las memorias son obligatorias o facultativas. Su celebración se combina con la del día de semana (feria) correspondiente según las normas expuestas en las "Instituciones" generales para la misa y el oficio divino.

Las memorias obligatorias que coinciden con las ferias de Cuaresma, pueden celebrarse solamente como memorias facultativas.

Si varias memorias aparecen en el calendario en el mismo día, puede celebrarse una sola, omitiendo las demás.

15. Los sábados per annum, cuando no haya memorias obligatorias, puede hacerse la memoria facultativa de la Virgen María.

IV. Las Férias

16. Se llaman férias los días de la semana que siguen al domingo. Se celebran de diversas maneras, según su importancia propia:

- a. el miércoles de ceniza y los días de la semana santa a partir del lunes santo hasta el jueves santo inclusive se prefieren a cualquier otra celebración;
- b. las férias del Adviento, del 17 al 24 de diciembre inclusive y todas las férias de Cuaresma superan a cualquier memoria obligatoria;
- c. las demás férias ceden el lugar a todas las solemnidades y fiestas, y se combinan con las memorias.

3er. Domingo de Adviento - Ciclo B

"SE ALEGRA MI ESPIRITU EN DIOS MI SALVADOR"

(Luc. 1, 47)

1ª Lectura: Isaías 61, 1-2ª, 10-11

Cántico: Luc. 1, 46-50, 53-54

Este tercer domingo de Adviento nos trae un mensaje de alegría; el estribillo del canto que sigue a la primera lectura lo expresa maravillosamente:

"Se alegra mi espíritu en Dios mi salvador".

La primera lectura comporta dos partes que se distinguen muy bien. Al comienzo —versículos 1 y 2a— la persona que habla menciona las dos cualidades que pueden hacer de ella un profeta: el envío y el servicio de la palabra. "El Señor me ha enviado". ¿Para qué? "para dar la buena noticia a los que sufren..." Para poder cumplir con tal misión recibe el Espíritu que lo urge interiormente. Su palabra es un mensaje de salvación y de consuelo que transforma —también interiormente— a quienes le escuchan con el oído del corazón.

Esto último lo vemos en la segunda parte de la lectura: "Desbordo de gozo con el Señor y me alegro de mi Dios..." Quien abre su corazón al oráculo pronunciado por el profeta —el enviado de Dios— irrumpe en un himno gozoso. Es notable lo personal de esta respuesta: lo vemos en tres elementos: el sujeto habla en primera persona; luego se refiere a un tú con quien vive su gozo: "con el Señor", "con Dios" y finalmente emplea la imagen del novio y de la novia (v/ 10).

Este pasaje de Isaías tiene para los cristianos una resonancia muy particular. La primera parte Jesús se la aplicó a sí mismo al leerla un sábado en la sinagoga de Nazaret. Al terminar la lectura dijo a los asistentes: "Hoy se ha cumplido esta Escritura ante vuestros ojos" (cf. Luc. 4, 16-22). Si leemos los Evangelios veremos efectivamente que El es el gran Profeta, el libertador, el que salva, consuela y cura.

Las primeras palabras de la segunda parte son las que la Virgen María cantó al recibir la felicitación de su prima Isabel:

"Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios mi salvador".

Porque la salvación no es un simple acontecimiento, ni una acción anónima, es una persona: el Hijo de Dios hecho hombre. Por eso es en una relación interpersonal, única e intransferible entre cada cristiano y Dios que nos salva en y por Cristo que conoceremos el auténtico gozo de la salvación.

Así este domingo cantamos con la Virgen María el himno que brotó de sus labios al considerar esa maravillosa obra de Dios que es la encarnación del Verbo en el seno virginal.

Esta acción de Jesús, el Salvador, continúa hoy: se realiza en su Iglesia, en cuantos creen en su amor.

Si abrimos, no sólo los oídos sino también los ojos de nuestro corazón, ya miremos hacia atrás, ya nos fijemos en los detalles que rodearán nuestra vida en la semana que hoy comienza, podremos repetir como el fruto de una experiencia profundamente personal el estribillo del cántico de la Virgen:

"Se alegra mi espíritu en Dios mi salvador".

4º Domingo de Adviento - Ciclo B

"CANTARE ETERNAMENTE LAS MISERICORDIAS DEL SEÑOR"

Salmo 88 v/2º

1ª Lectura: Samuel 7, 1-5, 8b-11, 16

Salmo responsorial: 88 2-2, 4-5, 27 y 29.

Mirando hacia el pasado. La conciencia de un estado lamentable, fruto de la ruptura de nuestras relaciones filiales con Dios, nos hicieron clamar al comienzo del Adviento: "Señor, restáuranos". Un mensaje de consuelo nos condujo el segundo domingo a pedir a Dios con insistencia pero sin angustia: danos tu salvación.

El gozo fue el sentimiento que despertó en nuestros corazones el anuncio profético que escuchábamos el domingo pasado y con la Virgen María cantamos en ese presente que es el hoy de Dios: "Se alegra mi espíritu en Dios mi salvador".

Este domingo damos un paso más: mirando hacia el futuro exclamamos:

"Cantaré eternamente las misericordias del Señor".

La 1ª lectura nos lleva a los últimos años del Rey David. El pueblo de Israel había dejado su condición seminómada. El rey se había construido ya un palacio pero el arca de Dios seguía en una carpa. David planea entonces construir

a Dios un templo, una casa digna. Por medio del profeta Natán, Dios hace saber a David que no rechaza su proyecto pero que lo difiere para que sea realizado por un sucesor suyo y le hace saber a la vez que El con una generosidad divina y eficaz, será quien primero le edificará una casa, es decir, una dinastía estable: "tu casa y tu reino durarán para siempre ante mi rostro". (v/16).

Las promesas de Dios son sin arrepentimiento. La alianza se basa en el juramento de Dios y por eso es perpetua. Pero la infidelidad de los descendientes de David y de su pueblo conducen a un fracaso temporal de la dinastía davídica. Sin embargo por sobre este fracaso se mantienen el favor y la fidelidad de Dios que cumple su promesa de un modo inaudito: en Jesús su Hijo hecho hombre, Dios da a David un descendiente, que podía decirle de una manera única: "Tu eres mi Padre" y en Jesús funda Dios con su pueblo una alianza nueva y eterna. Tanto en el salmo como en la lectura aparecen la figura de la casa y los verbos edificar, fundar, afianzar. Misericordia y fidelidad son dos atributos de Dios que se manifiestan en la alianza gratuita que El hace con los hombres y que por ser de Dios tienen una duración y consistencia eternas.

Cristo ha venido, y el Padre permitió que soportase el rechazo de parte de su pueblo y pasase por el aparente fracaso de la cruz. Pero la misericordia y la fidelidad de Dios otorgan a Cristo el día de su resurrección todos los poderes reales prometidos al linaje de David, de un modo nuevo y definitivo.

El reino que el Padre otorga a su Hijo está llamado a crecer día tras día en el corazón de cada cristiano y en el de todos los hombres hasta el momento en que Cristo vuelva visiblemente de modo que su reino sea reconocido por todos.

En esta perspectiva dinámica hemos de afirmar hoy y cada día de nuestra vida:

"Cantaré eternamente las misericordias del Señor"

Señor, que iluminaste esta Sagrada noche con el resplandor de la verdadera luz; concédenos que después de haber conocido en la tierra los misterios de esa luz, podamos gozar de ella en el cielo. (Oración de la asamblea. Misa de Nochebuena).

Te pedimos Señor y Dios nuestro que cuantos nos alegramos celebrando el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, merezcamos, mediante una conducta digna, compartir un día su gloria. (Oración después de la comunión. Misa de Nochebuena).

LA VIRGEN MARIA EN EL AÑO LITURGICO

El Adviento en el Misal

En el Misal, no se habla expresamente de María más que en las Cuatro Épocas, en el cuarto domingo que está ligado a ellas y en la Vigilia de Navidad. Es verdad que de este contexto irradian también una cierta luz sobre algunos textos del primer período de Adviento. Sin embargo el tema del Adviento es más vasto; es el de una inmensa visión de universalidad escatológica, en la perspectiva de una visión profética de la única gran venida de aquel que debe venir, a cuyo encuentro marchamos, hacia quien tendemos con nuestro ser más íntimo. Se trata de la venida del Señor para la salvación de Sión y de los pueblos paganos en general; venida predicha por los profetas, esperada por la antigua Jerusalén, y más aún por la Jerusalén de la nueva alianza, la Iglesia, a fin de que esa venida le traiga la alegría, el ánimo, la remisión de los pecados, la abolición de toda esclavitud de Satanás, y la paz. La Iglesia ve cumplido todo esto por la venida del Señor, la que fue preparada por Juan el Bautista y finalmente, aquella en la que volverá resucitado y glorioso, visible para todo el mundo, terrible en el juicio pero trayendo la última salvación para los suyos.

Precisamente esta realización de la única y potente venida del Salvador, venida que halla su cumplimiento en el juicio de la "parusía", es la que entra en su fase decisiva el día en que Jesús nace de María. Esto está sobreentendido en casi todas las palabras del "adventus Domini" y resplandece en las palabras del salmo 84: "El Señor nos dará su bendición y nuestra tierra dará su fruto". Con ayuda de la potente bendición divina, nuestra tierra producirá su fruto precioso, la tierra se abrirá y hará brotar al Salvador precisamente cuando María dé a luz a su Hijo. Los Evangelios de Lucas y de Mateo nos cuentan los acontecimientos que precedieron el nacimiento de Jesús: la Anunciación, las dudas de José y la misión que se le confía, la Visitación con el "Magnificat" de la Virgen María. Estos acontecimientos están colocados en la perspectiva de la historia de la salvación. Ver sobre todo Isaías 7, 10-15, en que se anuncia el gran signo de la salvación: "He aquí que la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, y se le dará por nombre Emmanuel, Dios con nosotros". Nacer de la Virgen María es de la mayor importancia: en ella, por primera vez, se concreta todo lo que ha sido predicho: el fruto de su seno es el Hijo de Dios, se llama Jesús, pues librará a su pueblo del pecado; tiene derecho a sentarse sobre el trono de David, su padre; reinará eternamente y su reino no tendrá fin.

Más aún. El contenido de las lecturas, de los cantos y de las oraciones de toda esta celebración litúrgica del Adviento, en el marco de la Misa es el siguiente: en esta celebración no se trata simplemente de evocar el hecho de que un día el

Hijo de Dios nació de la Virgen para ser nuestro Salvador, y que con este nacimiento comenzó la realización de todas las profecías. Este nacimiento tiene una significación eterna: aquel que un día nació de María en un determinado momento histórico, desea repetir el don de la salvación comenzado en su tiempo.

El Adviento en el Breviario

En el Breviario, encontramos la misma actitud: celebramos la llegada del Señor, es decir el Adviento, vista en la grandiosa perspectiva de esa única venida, predicha a su vez por los profetas, que comenzó con el feliz anuncio del Ángel Gabriel a la Virgen María, pero que tendrá que alcanzar su cumplimiento en un último retorno del Señor en su gloria. Nos preparamos para ir al encuentro de Aquel que viene y aún nos es posible sentir ya su presencia siempre renovada entre nosotros, en la Palabra, en la comunidad de la Iglesia y, en sus celebraciones, en la gracia de los sacramentos.

Una vez más, durante el Adviento, a pesar de los testimonios más abundantes, María permanece en el fondo de la escena. En primer plano, de una manera clara, aparece el gran acontecimiento de la historia de la salvación: la venida del dominador, del hijo real de David, de aquel que nos ilumina a todos con su deslumbrante luz. Pero desde el comienzo se afirma claramente que en esta venida redentora, se ha servido de la Virgen María como instrumento. Ella no tenía nada que temer por este hecho extraordinario: el Espíritu Santo la cubrió con su sombra; ella debía dar a luz al Hijo de Dios en un parto virginal, puerta abierta a la magnificencia del Dios de Israel. María no era sino el instrumento elegido por Dios y como tal, es verdad, se mantiene en segundo plano en el acontecimiento divino, y sin embargo inseparablemente unida a él, dando testimonio para siempre que, para nuestra salvación, Dios verdaderamente se hizo hombre "nacido de la Virgen María". Aún en los textos que nos presentan este misterio bajo la forma de diálogo, se manifiesta ya una comprensión teológica: en su humilde Fiat, ella pronuncia una palabra decisiva de cooperación, palabra que Dios espera de ella en nombre de la humanidad. Por esto la Iglesia casi le dice: no temas, acepta el anuncio del ángel!

El humilde lugar de la Virgen María, tal como se expresa en algunas indicaciones de la liturgia de Adviento, no es pequeño: es verdaderamente la nobleza de esta "bendita entre todas las mujeres". Por una feliz coincidencia la fiesta de la Inmaculada Concepción que, por otro cálculo, cae el 8 de diciembre, en la acción de gracias que ella dirige al Señor, alaba precisamente esa magnificencia de la elegida, puro don de la gracia divina. "Eres toda hermosa, oh María, y el pecado original no se halla en tí".

Navidad y Epifanía

La misma situación que en el curso del Adviento, se mantiene en las otras solemnidades del ciclo de Navidad. María es la Madre de Aquel cuyo nacimiento y cuya venida celebramos. No puede estar ausente de nuestro pensamiento. Pero en lo esencial de la celebración, la vemos raramente, apenas nombrada.

Está presente porque ella es la **Theotokos**, la Madre de Dios.

Sin embargo no está expresamente nombrada en el curso de las tres misas de Navidad, más que en los evangelios de la 1ª y 2ª Misa, para nada en la 3ª. Y qué discretamente hablan de ella los Evangelios. Pero la grandeza excepcional del acontecimiento no tiene necesidad de ampliación romántica o sentimental. "Llegó el tiempo del parto, y María dió a luz a su Hijo primogénito; lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el albergue". Después, los pastores la encuentran con José y el Niño en el pesebre. El evangelista agrega una sola palabra, a manera de contemplación, que en un sentido, se convierte en el punto de partida de todas las reflexiones ulteriores y de toda la admiración de la Iglesia: "María conservaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón".

Lo mismo sucede en la Epifanía. María no es mencionada más que para presentar el Niño a los Magos que lo buscan: "Ellos vieron al Niño con María su Madre".

Debemos notar siempre la misma cosa: la liturgia traza en algunos rasgos grandiosos el cuadro del acontecimiento que ella celebra: el Señor nació y apareció entre nosotros. Se manifestó a los Magos. Nosotros lo adoramos, vamos a su encuentro, lo acogemos, participamos de la salvación que nos trajo para que pudiésemos ser hijos de Dios. En todo esto, tenemos necesidad de María y naturalmente Ella está ahí.

De Burkhard Neinheuser O. S. B.

Extractado del libro "La Virgen María en la oración de la Iglesia".

"La verdadera causa del mal en la historia de los hombres no es éste o aquel sistema político, ésta o aquella estructura socio-económica, sino el pecado, el pecado original y el pecado personal. La liberación de todos los pecados es la liberación por excelencia.

Mons. Franz Hengsbach.

Directorio Catequístico de la Santa Sede: El Mensaje Cristiano

Transcribimos seguidamente la tercera parte del "DIRECTORIO CATEQUISTICO GENERAL", elaborado por la Sagrada Congregación del Clero, de la Santa Sede. Su texto fue aprobado por Pablo VI quien el 18 de marzo del año pasado ordenó su publicación. El texto que venimos dando a publicidad, corresponde a la traducción del documento pontificio realizada para la edición del Episcopado Argentino, por el P. José María Del Col, S. D. B.

36. La fe, cuya maduración se ha de promover mediante la catequesis (cf. n. 21.), puede considerarse de dos modos: o como la plena adhesión del hombre a Dios que se revela, prestada bajo el influjo de la gracia (*fides quâ*), o como el contenido de la revelación y del anuncio cristiano (*fides quae*). Estos dos aspectos son por su propia naturaleza inseparables, y la normal maduración de la fe supone un progreso conjunto de los mismos; pueden, sin embargo, distinguirse por razones metodológicas.

En esta tercera parte se trata del contenido de la fe en la forma siguiente: en el primer capítulo, se indican las normas o criterios que debe seguir la catequesis en la adquisición y exposición de su contenido. En el segundo capítulo, se tratará del contenido en sí mismo. Con todo, este capítulo no aspira en absoluto a exponer la suma de las verdades cristianas que constituyen el objeto de la fe y de la catequesis; ni desea proponer una enumeración de los principales errores de nuestro tiempo o de las verdades de la fe que hoy se niegan con más energía o bien se descuidan. A esto, en efecto, provee con su autoridad, a través de intervenciones públicas, el Magisterio ordinario y extraordinario de la Iglesia.

Mucho menos se pretende en dicho capítulo indicar un procedimiento apto para ordenar de un modo orgánico las verdades de la fe en una síntesis que tenga en cuenta ya la objetiva jerarquía de las mismas, ya aquello que con más ahínco reclaman los hombres de nuestra época, sea por lo que se refiere a las edades en que ellos se distribuyen como desde el punto de vista de su formación socio-cultural. Tal incumbencia corresponde a la ciencia teológica y a los varios géneros de exposición de la doctrina cristiana.

En el segundo capítulo pareció, en cambio, oportuno exponer —empleando formulaciones globales que implican ulteriores explicaciones— algunas cosas más notables contenidas en el mensaje salvífico y orgánicamente unidas entre sí, máxime en esos peculiares lineamientos que han de aparecer con más claridad en una catequesis renovada que persigue fielmente su fin.

EL CONTENIDO DE LA CATEQUESIS EN RELACION
CON LAS VARIAS FORMAS DE LA VIDA ECLESIAL,
CON LAS DISTINTAS CULTURAS Y
CON LOS DIVERSOS LENGUAJES DE LOS HOMBRES

37. La revelación es la manifestación en la historia del misterio de Dios y de su acción salvífica, hecha al hombre mediante una comunicación personal por parte de Dios. El contenido de esta comunicación constituye el mensaje de salvación que ha de predicarse a todos los hombres.

Por consiguiente, el cometido mayor y absolutamente necesario del ministerio profético de la Iglesia es volver inteligible el contenido de este mensaje a los hombres de todos los tiempos, a fin de que se conviertan a Dios por Cristo, interpreten toda su vida a la luz de la fe, teniendo en cuenta la peculiar condición de las realidades y circunstancias en que la misma vida se desarrolla, y logren así vivir conforme a la dignidad que el mensaje de la salvación les aportó y la fe les reveló.

Para alcanzar este fin, la catequesis, como período privilegiado del ministerio profético de la Iglesia, no sólo debe mantenerse en íntimo y asiduo contacto con las varias formas de vida de la comunidad eclesial, sino que se aplica también a promover una aproximación más estrecha entre las posibles formulaciones del mensaje divino y las varias culturas y diversos lenguajes de los pueblos.

LA META DE LA CATEQUESIS ES
QUE SE PROPONGA TODO SU CONTENIDO

38. El contenido del mensaje de la salvación consta de partes que se enlazan estrechamente entre sí, aunque su revelación fue hecha paso a paso por Dios, antiguamente por medio de los profetas, y al final en el Hijo (cf. **Heb 1, 1**). Como el objetivo de la catequesis, según se ha dicho, consiste en llevar a una fe madura tanto a cada fiel cristiano como también a las comunidades, la misma tiene que tratar con diligencia de proponer fielmente el tesoro íntegro del mensaje cristiano. Esto sin duda debe hacerse siguiendo el ejemplo de la pedagogía divina (cf. n. 33), pero teniendo en cuenta la plenitud de la revelación comunicada por parte de Dios, a fin de que el pueblo de Dios se alimente de ella y de ella viva.

La catequesis, pues, parte de una presentación más bien sencilla de la íntegra estructura del mensaje cristiano (valiéndose también de fórmulas sintéticas o globales), y la expone de una manera adecuada a las varias condiciones culturales y espirituales de los catequizandos. De ningún modo, sin embargo, puede ella detenerse en esta presentación inicial, sino que es menester se preocupe también por presentar dicho contenido en forma cada vez más amplia y más explícita, de suerte que cada fiel y cada comunidad cristiana lleguen a un conocimiento del mensaje cristiano siempre más profundo y vital, y sépan examinar a la luz de la revelación las condiciones o comportamientos concretos de la vida humana.

Es preciso que este nada fácil deber de la catequesis se cumpla bajo la guía del Magisterio de la Iglesia, al cual corresponde salvaguardar siempre

la verdad del mensaje divino y además velar para que el ministerio de la palabra use las debidas formas de expresión y tenga prudentemente en cuenta la ayuda que le pueden proporcionar la investigación teológica y las ciencias humanas.

EL CONTENIDO DE LA CATEQUESIS CONSTITUYE UN CUERPO ORGANICO Y VITAL

39. El objeto de la fe abarca un contenido por su naturaleza complejo, es decir, a Dios en su misterio y la intervención salvífica de él en la historia; todo lo cual se conoce a través de aquello que Dios mismo reveló acerca de sí y de sus obras. El momento central, ya sea en la intervención salvífica de Dios, ya sea en su manifestación a los hombres, lo determina Cristo. En consecuencia, objeto de la catequesis son el misterio y las obras de Dios, esto es, las obras que Dios hizo, hace y se propone hacer en lo sucesivo en atención a nosotros y a nuestra salvación. Todos estos elementos se unen conveniente y estrechamente entre sí y constituyen la economía de la salvación.

Una catequesis que descuide tal conexión y armonía de su contenido, puede resultar totalmente incapaz de lograr su fin.

CRISTOCENTRISMO DE LA CATEQUESIS

40. Cristo Jesús, Verbo Encarnado de Dios, siendo la razón suprema por la cual Dios interviene en el mundo y se manifiesta a los hombres, es el centro del mensaje evangélico en el ámbito de la historia de la salvación.

El es "la imagen del Dios invisible, primogénito de toda criatura, puesto que en él fueron creadas todas las cosas" (Col 1, 15). El, en efecto, es realmente el único mediador eficaz por medio del cual Dios se acerca al hombre y el hombre es conducido hasta Dios (cf. 1 Tim 2, 5). En él tiene su fundamento la Iglesia. En él se recapitulan todas las cosas (cf. Ef 1, 10). Así pues, las cosas creadas, la conciencia de los hombres, los valores auténticos que se encuentran en las demás religiones, los diversos signos de los tiempos deben considerarse como caminos y grados —aunque no de igual trascendencia— por los cuales, bajo el influjo de la gracia y no sin cierta ordenación a la Iglesia de Cristo, puede uno llegarse a Dios (cf. LG, 16).

Por esto, la catequesis necesariamente tiene que ser cristocéntrica.

TEOCENTRISMO TRINITARIO DE LA CATEQUESIS

41. Como Cristo es el centro de la historia de la salvación, así el misterio de Dios es el centro del cual se origina esta historia y hacia el cual ella se ordena como a su fin último. Cristo crucificado y resucitado conduce a los hombres hacia el Padre enviando el Espíritu Santo al pueblo de Dios. Por ello, la estructura de todo el contenido de la catequesis debe ser teocéntrico-trinitaria: por Cristo, al Padre, en el Espíritu.

Por Cristo: Toda la economía de la salvación recibe su sentido del Verbo Encarnado, cuya llegada ella preparó y cuyo reino en la tierra, después de su muerte y resurrección, ella muestra y extiende hasta su segunda venida gloriosa, que consumará la obra de Dios. Así ocurre que el misterio de Cristo ilumina

todo el contenido de la catequesis. Los diversos elementos —bíblicos, evangélicos, eclesiales, humanos e incluso cósmicos— que la catequesis ha de asumir y explicar, deben ser referidos al Hijo de Dios Encarnado.

Al Padre: El fin supremo de la Encarnación del Verbo y de toda la economía de la salvación consiste en conducir todos los hombres al Padre. Consiguientemente, la catequesis, como debe ayudar a comprender más y más este plan de amor del Padre Celestial, tiene que tender a mostrar que el sentido supremo de la vida es éste: conocer y glorificar a Dios, cumpliendo su voluntad, como Cristo nos enseñó con palabras y con el ejemplo de su vida, y así llegar a la vida eterna.

En el Espíritu: El conocimiento del misterio de Cristo y el camino al Padre se verifican en el Espíritu Santo. La catequesis, por ende, al exponer el contenido del mensaje cristiano, ha de poner siempre de relieve esta presencia del Espíritu Santo que sin cesar mueve a los hombres a estar en comunión con Dios y con los hombres y a cumplir sus propios deberes.

Si la catequesis carece de estos tres elementos o descuida la estrecha conjunción que los vincula, no cabe duda de que el mensaje cristiano puede perder su índole específica.

POR NOSOTROS Y POR NUESTRA SALVACION

42. El fin teocéntrico-trinitario de la economía de la salvación no puede separarse de su objeto, consistente en que los hombres, liberados del pecado y de sus consecuencias, se configuren en lo posible con Cristo (cf. **LG**, 39). Como la Encarnación del Verbo, así toda verdad revelada tiene razón de ser por nosotros y por nuestra salvación. La visión de las diversas verdades cristianas en relación con el fin último del hombre es una de las condiciones para una comprensión fructuosísima de las mismas (cf. Conc. Vat. I, Cons. **Dei Filius**, Dz. - Sch., 3016).

La catequesis, por lo tanto, debe mostrar claramente la estrechísima conexión del misterio de Dios y de Cristo con la existencia y el fin último del hombre. Con esta manera de proceder no se desprecian en lo más mínimo los fines terrenos, a cuya consecución, mediante el empeño privado o común, son llamados los hombres por parte de Dios; pero se enseña abiertamente que el fin último del hombre no se circunscribe a estos fines temporales, sino que los supera más allá de toda expectativa, de una manera que sólo el amor de Dios hacia los hombres pudo excogitar.

LA JERARQUIA DE LAS VERDADES QUE HA DE OBSERVARSE EN LA CATEQUESIS

43. En el mensaje de la salvación existe cierta jerarquía de las verdades (cf. **UR**, 11), que la Iglesia siempre reconoció, cuando compuso los símbolos o compendios de las verdades de la fe. Esta jerarquía no significa que ciertas verdades pertenecen menos que otras a la misma fe, sino que ciertas verdades estriban en otras como más principales y por ellas son iluminadas.

La catequesis en todos sus grados ha de tener en cuenta esta jerarquía de las verdades de la fe.

Estas verdades pueden reunirse alrededor de cuatro puntos fundamentales: el misterio de Dios, Padre del Hijo y del Espíritu Santo, creador de todo; el misterio de Cristo, Verbo Encarnado, que nació de la Virgen María, y por nuestra salvación padeció, murió y resucitó; el misterio del Espíritu Santo, presente en la Iglesia y que la santifica y dirige hasta la venida gloriosa de Cristo, nuestro Salvador y Juez; el misterio de la Iglesia, que es el Cuerpo místico de Cristo y en la cual la Virgen María ocupa el lugar más eminente.

INDOLE HISTORICA DEL MISTERIO DE LA SALVACION

44. La economía de la salvación se lleva a cabo en el tiempo: en el pasado comenzó, progresó y culminó en Cristo, mientras al presente despliega su fuerza, y espera su consumación en el futuro. Por lo tanto, es menester que la memoria del pasado, la conciencia del presente y la esperanza de la vida futura aparezcan nítidamente en la exposición del contenido de la catequesis.

Por eso, la catequesis evoca el acontecimiento supremo de toda la historia de la salvación, con el cual los fieles cristianos se unen mediante la fe, es decir, la Encarnación, Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo.

Además, la catequesis capacita a los fieles para conocer cómo el misterio salvífico de Cristo obra hoy y a lo largo de los siglos gracias al Espíritu Santo y al ministerio de la Iglesia y los lleva a conocer sus deberes hacia Dios, hacia sí mismos y hacia el prójimo.

La catequesis, por último, dispone adecuadamente los corazones a la esperanza de la vida futura, que es la consumación de toda la historia de la salvación, hacia la cual los fieles cristianos deben tender con filial confianza, sin descuidar, sin embargo, un santo temor del juicio divino. Por tal esperanza la comunidad de los fieles está penetrada de una íntima expectativa escatológica, que da a la misma la posibilidad de juzgar rectamente acerca de los bienes humanos y terrestres, reduciéndolos a su justa proporción, sin menospreciarlos, sin embargo, como si no tuvieran valor alguno.

A estos tres aspectos principales hay que atender con asiduidad y eficacia en la exposición del contenido de la catequesis.

FUENTES DE LA CATEQUESIS

45. El contenido de la catequesis se halla en la palabra de Dios transmitida por la Escritura o la Tradición; es profundizado y explicado por el pueblo creyente bajo la guía del Magisterio, al que tan sólo compete proponerlo auténticamente; se celebra en la Liturgia; se manifiesta en la vida de la Iglesia, sobre todo en los justos y los Santos; igualmente se da a conocer en cierto modo a través de los mismos valores humanos auténticos, que gracias a Dios existen en la sociedad humana.

Todas estas cosas constituyen las fuentes, principales o subsidiarias, de la catequesis. Lógicamente, de ningún modo hay que tomarlas en sentido unívoco. Al hacer uso de ellas, el catequista siempre y en primer lugar debe fijarse en la indudable excelencia de la revelación consignada por escrito o en la tradición, como también en la autoridad del magisterio de la Iglesia respecto a lo que va conexo con la fe.

Además, por lo que atañe a la exposición de cualquier parte del contenido de la fe, el catequista tiene que advertir bien cómo el misterio de Cristo es el centro de la exposición de tal parte; cómo la Iglesia la interpreta, define y declara, y cómo la celebra, la pone por obra y hace participar de la misma en la Liturgia y en la práctica de la vida cristiana. El catequista, finalmente, debe considerar bien de qué modo, con la ayuda del Espíritu Santo, puede cumplirse el plan de Dios en la época actual.

EL PRINCIPIO GENERAL DE LA METODOLOGIA CATEQUISTICA

46. Las normas arriba indicadas, relativas a la exposición del contenido de la catequesis, se han de aplicar en los varios tipos de catequesis; es decir, en la catequesis bíblica y litúrgica, en la síntesis doctrinal, en la interpretación de las condiciones de la existencia humana, etcétera.

A base de ellas, sin embargo, no puede inferirse el orden que se ha de guardar en la exposición del contenido. Es legítimo partir de Dios para llegar a Cristo, y viceversa, etcétera. El método pedagógico se ha de elegir teniendo en cuenta las circunstancias en que se hallan la comunidad eclesial o los fieles individualmente tomados a quienes se dirige la catequesis. De aquí surge la necesidad de aplicarse con una constante diligencia a investigar procedimientos que puedan responder más adecuadamente a las varias situaciones.

Es incumbencia de las Conferencias Episcopales impartir al respecto normas más precisas y aplicarlas mediante directorios catequísticos, catecismos adaptados a las diversas edades y niveles culturales, como también mediante los demás recursos que parezcan oportunos para ello (cf. más adelante, Sexta Parte).

Capítulo II

Elementos más notables del mensaje cristiano

EL MISTERIO DE UN SOLO DIOS: PADRE, HIJO, ESPIRITU SANTO

47. La historia de la salvación equivale a la historia del itinerario y procedimiento con que el verdadero y único Dios —Padre, Hijo y Espíritu Santo—, se revela a los hombres, y apartándolos del pecado los reconcilia y une consigo.

El Antiguo Testamento, mientras afirma la unidad de Dios en un mundo politeísta, ya esboza algunos prenuncios del misterio Trinitario, que alcanzan luego su plena explicación en la persona, obras y palabras de Jesucristo. Este, en verdad, al mismo tiempo que se revela Hijo de Dios, también revela al Padre y al Espíritu Santo. El íntimo conocimiento del Dios verdadero impregna el espíritu del divino Maestro, y éste lo comparte con sus seguidores, a quienes llama para que se vuelvan hijos de Dios por el don de su Espíritu filial, que les concede con largueza (cf. **Jn** 1, 12; **Rom** 8, 15).

En la catequesis, por tanto, el encuentro con Dios Uno y Trino, acontece primera y principalmente cuando se reconoce al Padre, al Hijo y al Espíritu como autores de ese plan de salvación que culmina en la muerte y resurrección de Jesús (cf. **IRENEO**, *Demonst. praedic. apost.*, n. 6, *S. Chr.*, 62. pp. 39 s.). De este

modo, a la revelación del misterio, transmitida por la Iglesia, responde la creciente conciencia de los fieles, quienes por la fe entienden que su vida a partir del bautismo consiste en adquirir una más íntima familiaridad con las tres Personas divinas, puesto que están llamados a participar de la naturaleza divina de las mismas. Finalmente, con los ojos de la fe, gracias al dón del Espíritu Santo, los cristianos pueden ahora mismo contemplar y amar filialmente a la Santísima Trinidad como ella existe en la vida íntima de Dios desde la eternidad.

EL CULTO AUTENTICO DE DIOS EN UN MUNDO SECULARIZADO

48. "Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo" (Ef 1, 3) es "el Dios vivo" (Mt 16, 16); es el Dios santo, justo, misericordioso; es el Dios autor de la alianza con los hombres, el Dios que ve, libra, salva; el Dios que ama como un padre, como un esposo. La catequesis anuncia con alegría a este Dios, que es la fuente de toda esperanza nuestra (cf. 1 Pe 1, 3-4).

Pero la catequesis no puede ignorar que no pocos hombres de nuestro tiempo sienten profundamente la lejanía, más aún, la ausencia de Dios. Este hecho, que pertenece al proceso de secularización, constituye sin duda un peligro para la fe, pero también nos impulsa a tener una fe más pura y a volvernos, como es preciso, más humildes ante el misterio de Dios: "En verdad tú eres un Dios escondido, el Dios de Israel, Salvador" (Is 45, 15). Bajo esta luz también es posible entender más fácilmente en su verdadera naturaleza el culto que Dios requiere y que lo glorifica, es decir, un culto que supone el propósito de cumplir su voluntad en cualquier campo de actividad, y de multiplicar fielmente en la caridad los talentos que se han recibido del Señor (cf. Mt 25, 14 ss). En la sagrada Liturgia, los fieles llevan los frutos de cualquier acto de caridad, de justicia y de paz, para ofrecerlos humildemente a Dios, y toman de ella las palabras de vida y las gracias que necesitan para ser capaces de profesar en el mundo la verdad en la caridad (cf. Ef 4, 15), en comunión con Cristo que ofrece su Cuerpo y su Sangre por los hombres.

CONOCIMIENTO DE DIOS Y TESTIMONIO DE LA CARIDAD

49. Los fieles cristianos pueden ayudar al mundo ateo a acercarse a Dios sobre todo por el testimonio de una vida conforme con el mensaje de amor de Cristo y por el testimonio de una fe viva y madura, que se manifieste a través de obras de justicia y caridad (cf. GS 21).

No se descuide, sin embargo, el recto uso de la razón humana, la cual, como cree y enseña la Iglesia (cf. Conc. Vat. I, Const. dogm. *Dei Filius*, Dz - Sch. 3004-3005, 3026), puede conocer a Dios, como principio y fin de todas las cosas, a partir de las cosas creadas. Este conocimiento de Dios, lejos de perjudicar la dignidad humana, más bien la establece y consolida.

Aunque el fin de la Iglesia es la salvación eterna de los hombres, la fe en el Dios vivo comporta, con todo, el deber urgente de prestar ayuda también para la solución de los problemas humanos (cf. 1 Jn 4, 20-21); en este campo es menester que los fieles den testimonio con sus obras de la validez del mensaje del Señor.

JESUCRISTO, EL HIJO DE DIOS, PRIMOGENITO DE TODA CRIATURA Y SALVADOR

50. La suprema cúspide de las obras de Dios es la Encarnación de su Hijo Jesucristo. Primogénito de toda criatura, él es ante todas las cosas, y todas las cosas tienen en él su consistencia (cf. **Col** 1, 15 y 17). En él, por medio de él y con miras a él fueron creadas todas las cosas (cf. **Col** 1, 16).

Hecho obediente hasta la muerte, fue exaltado como Señor de todo, y a partir de la resurrección se nos manifestó como Hijo de Dios con poder (cf. **Rom** 1, 4). Primogénito de entre los muertos, vivifica a todos (cf. **1 Cor** 15, 22): en él hemos sido creados hombres nuevos (cf. **Ef** 2, 10); por él toda criatura será liberada de la servidumbre de la corrupción (cf. **Rom** 8, 19-21). "No hay salvación en ningún otro" (**Hech** 4, 12).

LA CREACION, COMIENZO DE LA ECONOMIA DE LA SALVACION

51. El mundo creado de la nada es el mundo en el que realmente se cumple, por Jesucristo, la salvación y redención.

Ya en el Antiguo Testamento, la verdad de la acción creadora de Dios no es propuesta como un principio filosófico abstracto, sino que entra en el ánimo de los Israelitas gracias a la noción de la unidad de Dios, como un anuncio del poder y de la victoria de Yahveh, como un argumento mediante el cual se demuestra que el Señor permanece siempre con su pueblo (cf. **Is** 40, 27-28; 51, 9-13). La omnipotencia de Dios creador, también se manifiesta espléndidamente en la resurrección de Cristo, en la que se revela "la supereminente grandeza de su poder" (**Ef** 1, 19).

Por ello, la verdad de la creación no debe proponerse simplemente como una verdad que subsiste por sí sola, separada de las demás, sino como algo que de hecho se ordena hacia la salvación realizada por Jesucristo. La creación de las cosas visibles e invisibles, del mundo y de los ángeles, es el comienzo de la historia de la salvación (cf. **DV**, 3); la creación del hombre (cf. Pío XII, Enc. **Humani generis**, AAS, 1950, p. 575; **GS**, 12, 14) debe ser tenida por el primer dón y la primera vocación que conduce a la glorificación en Cristo (cf. **Rom** 8, 29-30). Es menester que el cristiano, mientras escucha la explicación de la doctrina acerca de la creación, además de considerar el primer acto por el cual Dios, "creó el cielo y la tierra" (**Gen** 1, 1), vuelva su mente hacia todas las iniciativas salvíficas de Dios. Estas se hallan siempre presentes en la historia del hombre y del mundo, se muestran especialmente en la historia de Israel, conducen hacia el acontecimiento supremo de la resurrección de Cristo, y, por último tendrán su consumación al fin del mundo cuando haya nuevos cielos y nuevas tierras (cf. **2 Pe** 3, 13).

JESUCRISTO, CENTRO DE TODA LA ECONOMIA DE LA SALVACION

52. En Jesucristo, el fiel se reconoce unido con toda la historia y en comunión con todos los hombres. En el corazón de la historia del mundo se lleva a cabo la historia de la salvación, por la que Dios cumple su plan de establecer en el tiempo al pueblo de Dios o "Cristo total". Reconozca el cristiano, con

sencillez y sinceridad, que participa de semejante obra, la cual, en virtud de Jesús Salvador, tiene como punto de mira que la creación glorifique lo más posible a Dios (cf. 1 Cor 15, 28).

JESUCRISTO, VERDADERO HOMBRE Y VERDADERO DIOS EN LA UNIDAD DE LA PERSONA DIVINA

53. Este gran misterio, a saber, Cristo Cabeza y Señor de todas las cosas, "fue manifestado en carne" (1 Tim 3, 16) a los hombres. El hombre Cristo Jesús, que habitó entre los hombres, trabajando con sus manos como hombre, pensando con mente humana, obrando con voluntad humana, amando con corazón humano, es verdaderamente el Verbo e Hijo de Dios, que por la Encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre (cf. GS, 22).

La catequesis ha de predicar a Jesús en su existencia concreta y en su mensaje; o sea, de este modo tiene que abrir a los hombres un acceso que les permita llegar a la admirable perfección de su humanidad, a fin de que puedan reconocer el misterio de su divinidad. En verdad, Jesucristo, unido con el Padre por su asidua y singular costumbre de rezar, vivió siempre en estrecha comunión con los hombres. Por su bondad abrazó a todos, justos y pecadores, pobres y ricos, conciudadanos y extranjeros; si amó a algunos más que a los demás, tal predilección fue para los enfermos, los pobres, los humildes. Hacia la persona humana se portó con un respeto y una solicitud que nadie nunca manifestó antes de él.

La catequesis debe todos los días defender y corroborar la fe en la divinidad de Jesucristo, a fin de que él no sólo sea aceptado por su admirable vida humana, sino que los hombres lo reconozcan por sus palabras y signos como Hijo unigénito de Dios (cf. Jn 1, 18), "Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado no creado, de la misma naturaleza que el Padre" (Dz. - Sch. 150). La recta interpretación del misterio de la Encarnación ha ido progresando en la tradición cristiana; por un asiduo examen de la fe, los Padres y los concilios orientaron sus esfuerzos a determinar las nociones con más exactitud, a exponer más profundamente la índole propia del misterio de Cristo, a investigar las relaciones misteriosas que Cristo guarda con el Padre celestial y con los hombres. Acerca de esta verdad se añadió el testimonio de la vida cristiana, que la Iglesia ofreció en el transcurso de los siglos; es decir, que la comunión de Dios con los hombres que se alcanza en Cristo, representó una fuente de gozo y de inagotable esperanza. En Cristo se halla toda la plenitud de la divinidad; por él se manifiesta el amor de Dios hacia los hombres.

San Ignacio escribía a los Efesios: "Hay un solo médico, ya carnal, ya espiritual, engendrado y no engendrado, Dios existente en la carne, verdadera vida en la muerte, hijo tanto de María como de Dios, primero impasible y después pasible, Jesucristo nuestro Señor" (RJ, 39).

JESUCRISTO, SALVADOR Y REDENTOR DEL MUNDO

54. El misterio de Cristo aparece en la historia de los hombres y del mundo, que está sujeta al pecado, no sólo como misterio de Encarnación, sino también como misterio de Salvación y Redención.

Dios, de tal modo amó a los hombres pecadores, que dio a su Hijo para reconciliar consigo el mundo (cf. 2 Cor 5, 19). Jesús, pues, como primogénito entre muchos hermanos (cf. Rom 8, 29), santo, inocente, inmaculado (cf. Heb 7, 26), obedeciendo a su Padre libremente y con amor filial (cf. Flp 2, 8), por sus hermanos pecadores y como su Mediador padeció la muerte, que es para ellos la paga del pecado (cf. Rom 6, 23; GS, 18). Con su santísima muerte redimió al género humano de la esclavitud del pecado y del diablo, y derramó sobre él el Espíritu de adopción, fundando en sí mismo una nueva humanidad.

LOS SACRAMENTOS, ACCIONES DE CRISTO EN LA IGLESIA, QUE ES EL SACRAMENTO PRIMORDIAL

55. El misterio de Cristo continúa en la Iglesia, que goza constantemente de su presencia y le sirve, en especial mediante esos signos, instituidos por Cristo, que significan y producen el dón de la gracia y se designan propiamente con el nombre de sacramentos (cf. Conc. Tridentino, *Decretum de sacramentis*, Dz. - Sch., 1601).

Pero la misma Iglesia, puesto que no es solamente el pueblo de Dios, sino que también es en Cristo como "signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano" (LG, 1), debe ser considerada en cierto modo como el sacramento primordial.

Los sacramentos son las acciones principales y fundamentales, con que Jesucristo sin cesar prodiga a los fieles su Espíritu, haciéndolos un pueblo santo, que, en él y con él, se ofrece como oblación acepta al Padre. Por cierto, los sacramentos han de ser tenidos por bienes inestimables de la Iglesia, a la que pertenece el poder de administrarlos; los mismos, sin embargo, han de ser referidos siempre a Cristo, de quien reciben su eficacia. En verdad, es Cristo quien bautiza. No es tanto un hombre quien celebra la Eucaristía, sino el mismo Cristo; él, en efecto, se ofrece en el sacrificio de la Misa por el ministerio de los sacerdotes (cf. Conc. Trid., *Doctrina de sacrificio Missae*, Dz. - Sch., 1743). La acción sacramental es, sobre todo, acción de Cristo, de quien los ministros de la Iglesia son como instrumentos.

LOS SACRAMENTOS SEGUN SU INTEGRA NATURALEZA

56. La catequesis cuidará de mostrar los siete sacramentos según su íntegra naturaleza.

En primer lugar, hay que presentarlos como sacramentos de la fe. Por cierto, ellos expresan por sí mismos la voluntad eficaz de Cristo Salvador; pero los hombres, por su parte, deben manifestar una voluntad sincera de responder al amor y misericordia de Dios. Por esto, la catequesis tiene que tender a crear las debidas disposiciones y a exaltar la sinceridad y generosidad para una digna recepción de los sacramentos.

En segundo lugar, se han de mostrar los sacramentos —por supuesto, según la naturaleza y finalidad de cada uno—, no sólo como remedios contra el pecado y sus consecuencias, sino sobre todo como fuentes de la gracia en cada fiel y en las comunidades, de suerte que aparezca que toda la dispensación de la gracia en la vida de los fieles pertenece en cierto modo a la economía sacramental.

CATEQUESIS DE LOS SACRAMENTOS

57. El bautismo limpia al hombre de la culpa original y de todos los pecados personales, lo engendra nuevamente como hijo de Dios, lo incorpora a la Iglesia, lo santifica con los dones del Espíritu Santo, y con un carácter indeleblemente impreso en el alma lo vuelve partícipe en forma inicial de la función sacerdotal, profética y real de Cristo (cf. 1 Pe 2, 9; LG, 31).

La confirmación vincula al cristiano más perfectamente con la Iglesia y lo enriquece con el especial vigor del Espíritu Santo, para que viva en el mundo cual testigo de Cristo.

Pero como la vida de los cristianos, que es una milicia en la tierra, está sujeta a tentaciones y pecados, se abre para ellos el camino del sacramento de la penitencia, a fin de que alcancen el perdón de la misericordia de Dios y se reconcilien con la Iglesia.

A unos miembros del pueblo cristiano, el orden los configura de un modo especial con Cristo Mediador otorgándoles el sagrado poder de apacentar a la Iglesia, de alimentar a los fieles con la palabra de Dios, de santificarlos, y sobre todo de ofrecer el sacrificio de la Misa, haciendo las veces de Cristo, y de presidir el banquete eucarístico.

"Por la sagrada Unción de los enfermos y la oración de los presbíteros la Iglesia entera encomienda los enfermos al Señor paciente y glorificado, para que los alivie y salve" (LG 11; cf. Sant 5, 14-16).

En la catequesis acerca de los sacramentos, atribúyase una gran importancia a la explicación de los signos. Es menester que la catequesis por medio de los signos visibles conduzca a los fieles cristianos a escrutar los invisibles misterios salvíficos de Dios.

LA EUCARISTIA, CENTRO DE TODA LA VIDA SACRAMENTAL

58. Es indudable el primado de la Eucaristía sobre todos los sacramentos, como también su eficacia supereminente en la edificación de la Iglesia (cf. LG, 11, 17; Instr. *Eucharisticum mysterium*, nos. 5-15).

En la Eucaristía, en efecto, una vez proferidas las palabras de la consagración, la realidad profunda (no la fenoménica) del pan y del vino se convierte en el cuerpo y la sangre de Cristo; y esta maravillosa conversión recibió en la Iglesia el nombre de "transubstanciación". Por lo tanto, bajo las apariencias (o realidad fenoménica) del pan y del vino está oculta en forma del todo misteriosa la misma humanidad de Cristo, no sólo por su virtud, sino por sí misma (es decir, substancialmente), y unida con su divina persona (cf. PABLO VI, Enc. *Mysterium fidei*, AAS, 1965, p. 766).

Pero este sacrificio no es tan sólo un rito conmemorativo de un sacrificio pasado. En el mismo, en efecto, Cristo, a lo largo de los siglos, perpetúa de un modo incruento el sacrificio de la Cruz por el ministerio de los sacerdotes (cf. SC, 47) y nutre a sus fieles de sí mismo, pan de vida, a fin de que, llenos del amor hacia Dios y del amor hacia el prójimo, se tornen cada vez más un pueblo acepto a Dios.

Es menester que los fieles, alimentados con la víctima del sacrificio de la Cruz, sepan disipar mediante un amor genuino y activo los prejuicios por los cuales se los acusa a veces de practicar un culto estéril, que los aparta de la

fraternidad y de la colaboración humana. El banquete eucarístico nació para lograr que los fieles a través de la oración frecuente unan cada día más su corazón a Dios y luego reconozcan y amen a los otros hombres como hermanos de Cristo e hijos de Dios Padre.

EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

59. Hoy —salva la excelencia que el mensaje cristiano adjudica a la virginidad consagrada (cf. **1 Cor 7, 38**; Concilio Tridentino, **Canones de sacramento matrimonii**, Dz. - Sch., 1810)— se ha de atribuir una importancia particular a la instrucción catequística relativa al matrimonio, que ha sido instituido y dotado con varios bienes, fines y leyes por el mismo Creador (cf. **GS, 48**).

Apoyándose en las palabras de la fe y en la ley natural, bajo la guía del magisterio de la Iglesia, al que corresponde interpretar auténticamente ya la ley moral, ya la natural (cf. Enc. **Humanae vitae**, n. 4, **AAS**, 1968, p. 483), y al mismo tiempo teniendo debidamente en cuenta los actuales progresos de las ciencias antropológicas, la catequesis debe colocar en el matrimonio el fundamento de la vida familiar, en lo que concierne a sus valores y ley divina de la unidad e indisolubilidad, y a sus deberes de amor, ordenado, por su índole natural, a la procreación y educación de la prole. En la regulación de la natalidad se ha de observar la castidad conyugal conforme a la doctrina de la Iglesia (cf. Enc. **Humanae vitae**, n. 14, **ASS**, 1968, p. 490).

Puesto que Cristo elevó el matrimonio, para los bautizados, a la dignidad de sacramento, los cónyuges, ministros del sacramento, al emitir un consentimiento personal e irrevocable, viviendo en la gracia de Cristo imitan y en cierto modo representan el amor del mismo Cristo hacia su Iglesia (cf. **Ef 5, 25**). Los cónyuges cristianos para afrontar los deberes y guardar la dignidad de su estado, están fortificados y como consagrados por este especial sacramento (cf. **GS, 48**).

Finalmente, a la vocación de la familia pertenece que venga a ser una comunidad abierta también a la Iglesia y al mundo.

EL HOMBRE NUEVO

60. El hombre, cuando recibe el Espíritu de Cristo, entabla con Dios unas relaciones vitales del todo nuevas y gratuitas.

El Espíritu Santo, presente en el alma del cristiano, lo hace partícipe de la naturaleza divina, y lo une íntimamente al Padre y a Cristo en una comunión de vida, que ni siquiera la muerte puede quebrar (cf. **Jn 14, 23**). El Espíritu Santo sana al hombre de las debilidades y enfermedades espirituales; lo libra de la servidumbre de las pasiones y del egoísmo, donándole fuerza para observar la ley divina; lo vigoriza con la esperanza y la fortaleza; lo ilumina en el camino del bien; infunde en él los frutos del amor, del gozo, de la paz, de la paciencia, de la benignidad, de la bondad, de la longanidad, de la mansedumbre, de la fidelidad, de la modestia, de la continencia, de la castidad (cf. **Gál 5, 22-23**). De ahí que el Espíritu Santo sea invocado como el huésped del alma.

La gracia es precisamente la justificación del pecado y la inhabitación de Dios en el alma. Cuando se dice que un hombre pecador es justificado por Dios, es vivificado por el Espíritu de Dios, posee en sí la vida de Cristo, o tiene la gracia, usamos expresiones que, con distintas palabras, significan una sola e

idéntica realidad, a saber: morir al pecado, por el espíritu de adopción volverse copartícipes de la divinidad del Hijo, y entrar en íntima comunión de vida con la Santísima Trinidad.

El hombre de la historia de la salvación es el hombre ordenado a la gracia de la adopción filial y a la vida eterna. La antropología cristiana encuentra su carácter específico en la gracia de Cristo Salvador.

LIBERTAD HUMANA Y CRISTIANA

61. La vocación divina del hombre exige de él una respuesta libre en Jesucristo.

El hombre no puede ser sino libre. A su dignidad y deber corresponde sobre todo que, teniendo el dominio de sus acciones, cumpla la ley moral del orden natural y del orden de la gracia, y así se adhiera a Dios que se reveló en Cristo. La libertad del hombre caído quedó herida de tal modo, que no es él capaz de observar por largo tiempo ni siquiera los deberes de la ley natural sin el auxilio de la gracia de Dios; pero su libertad, una vez recibida la gracia, es elevada y fortalecida hasta el punto de que, si bien vive él en la carne, alcanza a vivir santamente en la fe de Jesucristo (cf. Gál 2, 20).

A la Iglesia le incumbe defender y promover el verdadero sentido de la libertad y su recto uso contra la injusta coacción de cualquier género que sea. Ella, además, la defiende contra sus negadores, quienes piensan que la actividad del hombre está sometida sin más ni más a un determinismo psicológico y a las condiciones económicas, sociales, culturales y otras semejantes.

La Iglesia, sin embargo, no ignora en absoluto que la libertad, aun ayudada por la gracia divina, está sujeta a graves dificultades psicológicas y también al influjo de las condiciones externas en que cada cual vive, de modo que la responsabilidad humana no raramente disminuye; más todavía, en ciertos casos a duras penas se conserva o sencillamente no se conserva. Tiene en cuenta también las investigaciones y el actual progreso de las ciencias antropológicas respecto al uso y límites de la libertad humana. A ello se debe que se preocupa ya sea por educar y cultivar una auténtica libertad, ya sea por procurar, en el campo psicológico, social, económico, político y religioso, condiciones idóneas para que la libertad pueda ejercerse de veras y en forma justa. Los cristianos, por consiguiente, deben, con esmero y sinceridad, prestar su obra en el orden temporal, a fin de que, en la medida de lo posible, se establezcan condiciones óptimas para el recto ejercicio de la libertad. Ellos —es cierto— tienen este deber en común con todos los hombres de buena voluntad, pero, sin embargo, saben que el mismo deber los obliga por una razón más válida y apremiante; se trata, en efecto, no sólo de promover un bien que pertenece a esta vida terrena, sino de un cometido que, en última instancia, sirve para conseguir el bien inestimable de la gracia y de la salvación eterna.

EL PECADO DEL HOMBRE

62. Las condiciones de la historia y de la vida no deben estimarse, sin embargo, como el principal impedimento para la libertad del hombre; el hombre cuando se adhiere libremente a la obra de la salvación, encuentra su mayor impedimento en el pecado.

“Creado por Dios en estado de justicia, el hombre, no obstante, por instigación del Maligno, ya desde el comienzo de la historia, abusó de su libertad, levantándose contra Dios y deseando alcanzar su fin al margen de Dios” (GS, 13). “Por medio de un solo hombre el pecado entró en el mundo, y por el pecado la muerte, y de esa manera la muerte pasó a todos los hombres, dado que todos pecaron” (Rom 5, 12). “La naturaleza humana así caída, privada del dón de la gracia, de que antes estaba adornada, herida en sus mismas fuerzas naturales y sujeta al imperio de la muerte, es transmitida a todos los hombres, y por esta razón todo hombre nace en estado de pecado” (PABLO VI, *Professio Fidei*, n. 16 AAS, 1968, p. 439). Consiguientemente, una multitud de pecados ha venido a ser una deplorable experiencia de los hombres y es también causa del multiforme dolor y ruina. Ni hay que pasar por alto la doctrina sobre la naturaleza y efectos del pecado personal, por el cual el hombre, obrando a sabiendas y deliberadamente, viola la ley moral y, en materia grave, también ofende a Dios gravemente.

La historia de la salvación es, además, la historia de la liberación del pecado. Todas las intervenciones de Dios, ya en el Antiguo ya en el Nuevo Testamento, también tienen en vista guiar a los hombres en su lucha contra las fuerzas del pecado; la función que en la historia de la salvación fue confiada a Cristo, se refiere a destruir el pecado y se lleva a cabo por el misterio de la cruz. Las profundas consideraciones que figuran en San Pablo (cf. Rom 5) acerca de la realidad del pecado y la consiguiente “obra de la justicia” de Cristo, hay que ubicarlas entre los artículos principales de la fe cristiana, que no es lícito pasar en silencio en la catequesis.

Sin embargo, la salvación traída por Cristo se destaca mucho más que la redención del pecado, ya que por ella se cumple la resolución tomada por Dios de comunicarse en Jesús con una plenitud tal, que trascienda por completo el alcance del hombre; se trata de una resolución que no cesa por los delitos de los hombres, sino que confiere una gracia que, relacionada con la muerte producida por el pecado, resulta superabundante (cf. Rom. 5, 15-17). Esta resolución nacida del amor, en fuerza de la cual los hombres están llamados a participar de la misma vida divina mediante el Espíritu Santo, tiene siempre vigencia y se extiende a todos los tiempos. El hombre, aunque es pecador, permanece siempre en el único orden establecido por Dios, esto es, en ese orden en que Dios se comunica benignamente con nosotros por Jesucristo; puede, luego, movido por la gracia, alcanzar la salvación por medio de la penitencia.

LA VIDA MORAL DE LOS CRISTIANOS

63. Cristo encargó a sus apóstoles que enseñasen a observar todo cuanto él les había mandado (cf. Mt 28, 20). La catequesis, en consecuencia, debe abarcar no sólo lo que se ha de creer, sino también lo que se debe hacer.

La vida moral de los cristianos, que es la manera de obrar digna de un hombre como asimismo de un hijo adoptivo de Dios, responde a la obligación de vivir y crecer, bajo la guía del Espíritu Santo, en la nueva vida comunicada por Jesucristo.

La vida moral de los cristianos es regulada por la gracia y los dones del Espíritu Santo: “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones mediante el Espíritu Santo que se nos dio” (Rom 5, 5).

La docilidad con que se debe obedecer al Espíritu Santo, también implica la fiel observancia de los mandamientos de Dios como asimismo de las leyes de la Iglesia y de las justas leyes civiles.

La libertad cristiana tiene necesidad todavía de ser gobernada y guiada en las condiciones concretas de la vida humana. Así, pues, la conciencia de los fieles, incluso si es orientada por la virtud de la prudencia, ha de someterse al magisterio de la Iglesia, ya que a él corresponde declarar autoritativamente toda la ley moral, a fin de que ésta exprese con rectitud y verdad el orden moral objetivo.

A la conciencia de los cristianos se le debe, además, enseñar bien que existen incluso normas absolutas, o sea que obligan en todo caso y a todos. Por esta razón los santos confesaron a Cristo mediante la práctica de virtudes heroicas; más todavía, los mártires, con tal de no negarlo, aun padecieron tormentos y la misma muerte.

LA PERFECCION DE LA CARIDAD

64. La acción del Espíritu de Cristo queda bien ilustrada, cuando se pone de relieve la nota propia de la doctrina moral cristiana, que consiste en reducir todos los preceptos y consejos, como a su alma, a la fe que obra por medio de la caridad (cf. **Gál** 5, 6).

El hombre está llamado a adherir libremente en todo a la voluntad de Dios; ésta es la "obediencia de fe, por la que el hombre libremente se entrega todo a Dios" (**DV**, 5). Ahora bien, como Dios es amor y su designio tiene por fin que su amor sea comunicado en Jesucristo y los hombres sean convocados a un amor mutuo, de ahí se sigue que adherir libre y perfectamente a Dios y a su designio equivale a emprender un género de vida que, en la observancia de los mandamientos, sea regido por el amor; o sea, equivale a abrazar y traducir en la conducta, cual mandamiento nuevo, el precepto de la caridad.

El hombre, por ende, está llamado a abrazar, en la fe, una vida de amor hacia Dios y los otros hombres; esto representa su mayor responsabilidad y su excelsa dignidad moral. La santidad del hombre, cualesquiera que sean su vocación y estado, no es otra cosa sino la perfección de la caridad (cf. **LG**, 39-42).

LA IGLESIA, PUEBLO DE DIOS E INSTITUCION SALVIFICA

65. La Iglesia, instituida por Cristo, nació de su muerte y resurrección. Ella es el nuevo pueblo de Dios, que fue preparado en el curso de la historia de Israel; pueblo al que Cristo vivifica y aumenta mediante la efusión del Espíritu, y renueva y guía de continuo con sus dones jerárquicos y carismáticos; "multitud reunida por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" (**LG**, 4).

La Iglesia, pues, en cuanto pueblo de Dios, sociedad de los fieles, comunión de los hombres en Cristo, es obra del amor salvífico de Dios en Cristo.

Pero los principios que engendran y forman a los fieles cristianos y los constituyen en comunidad —o sea: el depósito de la fe, los sacramentos y los ministerios apostólicos—, se hallan en la Iglesia Católica; a ella le han sido confiados y en ella se originan actividades eclesiales. Con otras palabras, en la Iglesia se dan todos los instrumentos necesarios para congregarla y para llevarla a la madurez en cuanto comunión de los hombres en Cristo. Esta obra es fruto no sólo de la acción trascendente de Dios, de la operación invisible de Cristo y de

su Espíritu, sino también de instituciones, funciones y acciones salvíficas de la Iglesia. La Iglesia, por lo tanto, además de ser la sociedad de los fieles, es también, por su obra ministerial y salvífica, la madre de los fieles.

La Iglesia es el pueblo santo de Dios, que participa de la función profética de Cristo (cf. LG, 12) y, congregado por la palabra de Dios, la recibe y da testimonio de ella en todo el mundo. Es un pueblo sacerdotal: "Cristo Señor, Pontífice tomado de entre los hombres, al nuevo pueblo 'lo hizo... un reino, sacerdotes para Dios, su Padre' (Ap 1, 6). Los bautizados, en efecto, mediante la regeneración y la unción del Espíritu Santo son consagrados para formar una casa espiritual y un sacerdocio santo, a fin de que a través de todas las obras propias de un cristiano ofrezcan sacrificios espirituales, y anuncien las magnificencias de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable" (cf. 1 Pe 2, 4-10 LG 10). Pero la Iglesia es esencialmente una sociedad jerárquica: pueblo conducido por sus Pastores unidos con el Sumo Pontífice, Vicario de Cristo, y bajo su dirección (cf. LG, 22), hacia quienes miran los fieles cristianos con filial amor y obediente deferencia. Es el pueblo que peregrina hacia la plenitud del misterio de Cristo.

La presencia del Espíritu Santo en la Iglesia, mientras por un lado salvaguarda en la misma de un modo ciertamente indefectible las condiciones objetivas que se requieren para su encuentro santificador con Cristo, por el otro hace que ella, en sus miembros y en atención a sus miembros como asimismo en sus estructuras contingentes, tienda a una continua purificación y renovación

LA IGLESIA COMO COMUNION

66. La Iglesia es comunión; en el Concilio Vaticano II alcanzó una conciencia más plena de esta verdad.

Ella es el pueblo congregado por Dios y unido por estrechos vínculos espirituales. Su estructura pide, sin duda, diversidad de dones y funciones; en ella, sin embargo, esta distinción, aunque pueda ser no sólo de grado, sino también de esencia, como ocurre entre el sacerdocio ministerial y el sacerdocio común de los fieles, de ninguna manera quita la radical y constitutiva igualdad de las personas. "Uno solo es, por lo tanto, el pueblo elegido de Dios: 'un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo' (Ef 4, 5); común la dignidad de los miembros por su regeneración en Cristo, común la gracia de los hijos, común la vocación a la perfección, una sola salvación, una sola esperanza y una indivisa caridad. Si bien algunos por voluntad de Cristo son constituidos para los demás como doctores, dispensadores de los misterios y pastores, sin embargo, rige entre todos la igualdad en cuanto a la dignidad y en cuanto a la acción, común a todos los fieles, para la edificación del Cuerpo de Cristo" (LG, 32).

En la Iglesia, por lo tanto, cualquier vocación es digna de honor y llama a la plenitud del amor, es decir, a la santidad; cualquier persona goza de una excelencia sobrenatural que merece respeto; todas las funciones y todos los carismas, por más que unos objetivamente sean más excelentes que otros (cf. 1 Cor 12, 31; 7, 38), concurren al bien de todos los miembros con una providencial multiplicidad de formas, que la función apostólica debe discernir y coordinar (cf. LG, 12). Dígase lo mismo también de las distintas iglesias particulares; en cada una, en efecto, aunque sea pequeña y pobre o more en la dispersión, "está presente

Cristo, por cuyo poder se forma la Iglesia, una, santa, católica y apostólica" (LG, 26).

Es menester que los fieles católicos se preocupen por los cristianos separados, que viven en comunión no plena con la Iglesia católica, rezando por ellos, dialogando con ellos acerca de las cosas de la Iglesia, dando los primeros pasos hacia ellos. Pero antes que nada, según la condición de cada cual, deben examinar con sinceridad y atención las cosas que en la propia familia católica han de ser renovadas y llevadas a cabo, a fin de que su vida dé un testimonio más fiel y más claro de la doctrina e instituciones de Cristo transmitidas por medio de los apóstoles (cf. UR, 4, 5).

LA IGLESIA COMO INSTITUCION SALVIFICA

67. La Iglesia no solamente es comunión entre los hermanos, cuya cabeza es Cristo, sino que se muestra también como una institución, a la que está confiada una misión salvífica universal. El pueblo de Dios, "establecido por Cristo en orden a la comunión de vida, caridad y verdad, por él es también asumido como instrumento de la redención de todos, y es enviado al mundo entero como luz del mundo y sal de la tierra" (LG, 9).

Por esta causa, el Concilio Vaticano II presenta a la Iglesia como una realidad que abarca toda la historia, acoge todas las diversas culturas y las ordena hacia Dios y en fuerza de la acción del Espíritu de Cristo constituye el "sacramento universal de salvación". También la presenta como Iglesia que establece un diálogo con el mundo; que observando los signos de los tiempos, descubre las cosas que tienen importancia para los hombres y acerca de las cuales está de acuerdo con ellos; que cuida, además, de que el mundo la entienda y reconozca, esforzándose por apartar de sí esas formas externas que parecen menos evangélicas y en las cuales aparecen demasiado manifiestas las huellas de épocas que ya han fenecido.

La Iglesia no es por cierto de este mundo, "no la impulsa ninguna ambición terrena" (GS, 3), y será perfecta tan sólo en los cielos, hacia los cuales dirige su mirada y sus pasos; no obstante se conecta con el mundo y con su historia. Sin embargo, "la extraordinaria solicitud, con que la Iglesia, Eposa de Cristo, sigue de cerca las necesidades de los hombres, es decir, sus gozos y esperanzas, dolores y trabajos, no es otra cosa sino el deseo que la impele con vehemencia a estar presente entre ellos para iluminarlos con la luz de Cristo y convocarlos y unirlos a todos alrededor de él, que es su único Salvador. Pero nunca se ha de tomar esta solicitud, como si la Iglesia se conformara a las cosas de este mundo, o se enfriara el ardor con que ella aguarda a su Señor y Reino eterno" (Pablo VI, *Professio Fidei*, n. 27, AAS, 1968, p. 444).

MARIA, MADRE DE DIOS, MADRE Y MODELO DE LA IGLESIA

68. Inefablemente unida con el Señor está María, su Madre siempre virgen, que "en la Santa Iglesia ocupa, después de Cristo, el lugar más alto y el más cercano a nosotros" (LG, 54).

El dón del Espíritu de Cristo se manifiesta en ella en forma del todo singular, porque María es "la llena de gracia" (Lc 1, 28) y es "el modelo de la Iglesia" (LG, 63). En ella —preservada de toda mancha de pecado original,

libremente fiel y totalmente fiel para con el Señor, y asunta en cuerpo y alma a la gloria del cielo— el Espíritu Santo ya manifestó plenamente su cometido. Ella, en efecto, está plenamente conformada a Cristo, “su Hijo, Señor de los que dominan, y vencedor del pecado y de la muerte” (LG, 59). Siendo Madre de Dios y “madre nuestra en el orden de la gracia” (LG, 61), símbolo de la virginidad y maternidad de toda la Iglesia (cf. LG, 63-65), signo de esperanza cierta y de consuelo para el pueblo de Dios que está peregrinando (cf. LG, 69). María “en cierto modo une y refleja en sí los mayores dogmas de la fe” y “llama a los creyentes hacia su Hijo y su sacrificio y hacia el amor del Padre” (LG, 65). Por eso, la Iglesia, la cual honra a los fieles y a los Santos que ya se encuentran junto al Señor e interceden por nosotros (cf. LG, 49, 50), venera de un modo especialísimo a la Madre de Cristo y madre suya.

LA COMUNION FINAL CON DIOS

69. En Cristo Jesús y por su misterio, los fieles ya en esta vida terrestre aguardan esperanzados “al Señor nuestro Jesucristo, que transfigurará el cuerpo de esta baja condición nuestra configurándolo con el cuerpo de su condición gloriosa” (Flp 3, 21; cf. 1 Cor 15). Sin embargo, las últimas realidades serán manifiestas y perfectas tan sólo cuando llegue Cristo con potestad, como juez de vivos y muertos, para concluir la historia y entregar su pueblo al Padre, de suerte que “Dios sea todo en todos” (1 Cor 15, 24-28). Hasta tanto que “venga el Señor en su majestad y todos los ángeles con él y, destruida la muerte, le sean sometidas todas las cosas, algunos de sus discípulos peregrinan en la tierra; otros, difuntos ya, se purifican, mientras otros disfrutan de la gloria contemplando claramente al mismo Dios uno y trino, tal como es” (LG, 49).

La Iglesia entera, el día de la venida del Señor, logrará su perfección y entrará en la plenitud de Dios; éste es el objeto fundamental de la esperanza y de la oración de los cristianos (“venga a nosotros tu reino”). La catequesis que trata de los novísimos, mientras por una parte debe ser dada bajo el signo del consuelo, de la esperanza y de un temor saludable (cf. 1 Tes 4, 18) que tanta falta les hacen a los hombres de nuestra época, por otra parte tiene que ser impartida de manera que respete la integridad de la verdad. No es lícito disminuir la grave responsabilidad que cada uno tiene por lo que respecta a su suerte futura. La catequesis no puede pasar por alto ni el juicio de cada hombre después de la muerte, ni las penas expiatorias del Purgatorio, ni la triste y luctuosa realidad de la muerte eterna, ni el juicio final. En ese día, cualquier hombre alcanzará plenamente su propia suerte, pues todos compareceremos “ante el tribunal de Cristo, a fin de dar cuenta cada cual de lo que hizo, bueno o malo, mientras vivió en el cuerpo” (2 Cor 5, 10), y “los que obraron el bien saldrán para resurrección de vida; los que obraron el mal para resurrección de condena” (Jn 5, 29; cf. LG, 48).

“El más seguro y más corto camino que algunos pueden tomar para llegar a ser SANTOS, es volver primero a ser HOMBRES”.

CONSEJO DEL TERNERO
UNIVERSIDAD DE CHILE
RECTOR DON J. A. VIAL
SANTIAGO DE CHILE

El presente es un documento de carácter confidencial, y su contenido no debe ser divulgado fuera del círculo de personas que han participado en su elaboración. Este documento es propiedad de la Presidencia de la República y su uso está limitado a los fines para los que fue elaborado. Toda violación de esta confidencialidad será considerada una falta grave y será sancionada de acuerdo a lo establecido en la Ley de Responsabilidad del Funcionario Público. Este documento es una copia de un original que se encuentra en el archivo de la Presidencia de la República. La información contenida en este documento es de carácter confidencial y no debe ser divulgada fuera del círculo de personas que han participado en su elaboración. Este documento es propiedad de la Presidencia de la República y su uso está limitado a los fines para los que fue elaborado. Toda violación de esta confidencialidad será considerada una falta grave y será sancionada de acuerdo a lo establecido en la Ley de Responsabilidad del Funcionario Público. Este documento es una copia de un original que se encuentra en el archivo de la Presidencia de la República.

EL SEÑALAMIENTO FISCAL EN EL URUGUAY

En el presente se trata de un documento de carácter confidencial, y su contenido no debe ser divulgado fuera del círculo de personas que han participado en su elaboración. Este documento es propiedad de la Presidencia de la República y su uso está limitado a los fines para los que fue elaborado. Toda violación de esta confidencialidad será considerada una falta grave y será sancionada de acuerdo a lo establecido en la Ley de Responsabilidad del Funcionario Público. Este documento es una copia de un original que se encuentra en el archivo de la Presidencia de la República. La información contenida en este documento es de carácter confidencial y no debe ser divulgada fuera del círculo de personas que han participado en su elaboración. Este documento es propiedad de la Presidencia de la República y su uso está limitado a los fines para los que fue elaborado. Toda violación de esta confidencialidad será considerada una falta grave y será sancionada de acuerdo a lo establecido en la Ley de Responsabilidad del Funcionario Público. Este documento es una copia de un original que se encuentra en el archivo de la Presidencia de la República.

La presente es un documento de carácter confidencial, y su contenido no debe ser divulgado fuera del círculo de personas que han participado en su elaboración. Este documento es propiedad de la Presidencia de la República y su uso está limitado a los fines para los que fue elaborado. Toda violación de esta confidencialidad será considerada una falta grave y será sancionada de acuerdo a lo establecido en la Ley de Responsabilidad del Funcionario Público. Este documento es una copia de un original que se encuentra en el archivo de la Presidencia de la República. La información contenida en este documento es de carácter confidencial y no debe ser divulgada fuera del círculo de personas que han participado en su elaboración. Este documento es propiedad de la Presidencia de la República y su uso está limitado a los fines para los que fue elaborado. Toda violación de esta confidencialidad será considerada una falta grave y será sancionada de acuerdo a lo establecido en la Ley de Responsabilidad del Funcionario Público. Este documento es una copia de un original que se encuentra en el archivo de la Presidencia de la República.

CORREOS DEL URUGUAY
IMPRESOS DE INTERES GENERAL
DECRETO DEL P. E. DE ENERO 1951
PERMISO N.º 417